

EL ARISTÓCRATA EN LA PLAZUELA CUARTA PARTE: 1923-1930*

Ignacio Blanco Alfonso

ORCID: 0000-0002-2595-464X

“Un sistema filosófico (...) además de ser verdadero es preciso que sea comprendido”
(Ortega, *El Sol*, 1922, en III, 561).

“Yo no quisiera molestar en dosis apreciables a los periodistas. Entre otros motivos, porque tal vez yo no sea otra cosa que un periodista”
(Ortega, *El Sol*, 1930, en IV, 567).

“Cuanta más importancia substantiva y perdurable tenga una cosa o persona, menos hablarán de ella los periódicos, y en cambio destacarán en sus páginas lo que agota su esencia con ser un «suceso» y dar lugar a una noticia”
(Ortega, *El Sol*, 1930, en IV, 567).

En 1923 emprende Ortega una interesante andadura aristocrática por la plazuela intelectual del periodismo. Vamos a asistir a una prolífica etapa tanto desde el punto de vista cuantitativo como cualitativo. Dos novedades determinan este periodo que nace con la Dictadura de Primo de Rivera y que ha de llevarnos hasta 1930: por un lado, la fundación de *Revista de Occidente*; por otro, el comienzo de una colaboración asidua, que se prolongará 17 años, con uno de los periódicos más importantes de Hispanoamérica, *La Nación* de Buenos Aires. Dos nuevos canales para una misma incitación retórica: la filosofía de periódico, el periodismo intelectual de referencia y de alta cultura.

Además de estos dos nuevos canales, desde 1923 hasta la proclamación de la Segunda República española, la pluma de Ortega sigue trabajando sin des-

* Este trabajo se integra en los resultados del proyecto de investigación FFI2009-11449, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

Cómo citar este artículo:

Blanco Alfonso, I. (2010). El aristócrata en la plazuela. Cuarta parte: (1923-1930). *Revista de Estudios Orteguianos*, (21), 59-116.
<https://doi.org/10.63487/reo.497>

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 21. 2010
noviembre-abril

canso para *El Sol*: 269 artículos, es decir, un promedio de 30 de colaboraciones al año. Además, la prolífica actividad pública de Ortega es recogida con generosidad en las páginas del diario independiente, cuyos reporteros enfatizan la perspicacia y originalidad de las tesis orteguianas. El gran dibujante Luis Bagaría, colaborador de Ortega desde los tiempos de *España*, le dedicará algunos de sus característicos dibujos para ilustrar las elogiosas crónicas de *El Sol* sobre el filósofo.

Filosofía de periódico

El estudio retrospectivo de las publicaciones que Ortega destina a la prensa durante el periodo analizado, viene a subrayar el talante filosófico subyacente en su afirmación de ser aristócrata en la plazuela. La publicación de *El tema de nuestro tiempo* (1925)¹ así lo confirma. Desde finales de 1922 y hasta la primavera de 1923, Ortega entrega en *El Sol* una serie de folletos titulada “El tema de nuestro tiempo. Una lección universitaria”. En sus columnas vuelca el contenido de las clases impartidas al comienzo del curso académico 1921-1922, y recuperadas gracias a los apuntes “minuciosos y correctísimos” de su discípulo y posterior colaborador y amigo Fernando Vela, que asistió como alumno del citado curso.

Alcancemos a ver la profundidad de este hecho: Ortega transforma aquellas sesudas lecciones impartidas dentro del *búnker* de la Universidad, en excitantes artículos de periódico. Es decir, el filósofo arroja nada menos que el fundamento de su filosofía de la razón vital al ruedo de la opinión pública, dócil al convencimiento de que “quien quiera crear algo tiene que aceptar ser aristócrata en la plazuela”. Se reconocerá que la acción comporta algún riesgo; en el mejor de los casos, el filósofo de periódico se expone a no ser comprendido, y en el peor, a ser devorado por los chacales del pensamiento utilitario.

En *El tema de nuestro tiempo* Ortega fundamenta su filosofía de la razón vital, “una filosofía propia, superadora del empirismo y del idealismo, del relativismo y del racionalismo, del subjetivismo y del presunto objetivismo idealista”². Para nosotros es muy significativo este modo de filosofar en relación con el oyente, contando con él, dialogando con él, sea lector de periódico o discípulo universitario. Explica Javier Zamora que “el pensamiento de Ortega se iba haciendo junto al otro –junto al alumno, junto al oyente de la tertulia...– desde la

¹ III, 557-652.

² Javier ZAMORA BONILLA, *Ortega y Gasset*. Barcelona: Plaza & Janés, 2002, p. 223. Para una visión global de Ortega y su obra durante los años estudiados en este itinerario, véase el tercer capítulo de la biografía de Javier Zamora, titulado “Construyendo una filosofía. (1923 - verano 1932)”, pp. 219-369.

base del estudio en los libros y de la meditación; se iba haciendo en un afán de explicarse, de hacerse entender”³.

No podemos pasar por alto este aspecto metodológico de su filosofar, basado en un diálogo permanente con el otro. La filosofía de periódico es lo que tiene: no queda más remedio que poner al lector en cada palabra. Si no es así, si el filosofar no se construye con la liviandad de la empatía, la hoja volandera del periódico se hunde con su peso. El pensamiento oscuro y esotérico encuentra su santuario en el libro y en el aula universitaria, pero no en la prensa. Para Ortega no hay duda:

Lo que más importa a un sistema filosófico es que sea verdadero. Pero la exposición de un sistema científico impone a éste una nueva necesidad: además de ser verdadero es preciso que sea comprendido⁴.

La concreción lingüística de esta actitud vital es la metáfora, cuya capacidad expresiva y figurativa es usada por Ortega como un método de conocimiento. Las metáforas dulcifican la complejidad de las ideas y ayudan al lector a asimilarlas. No se trata solo de resolver el problema de la comunicación periodística. Es una actitud vital del filósofo frente al problema del conocimiento. “Es preciso que los hombres de ciencia vuelvan a caer en la cuenta de que escriben *libros*”, anota al margen de los *Orígenes del español*, de Menéndez Pidal (*El Sol*, 5 de diciembre de 1926) porque “un libro de ciencia tiene que ser de ciencia: pero también tiene que ser un libro”⁵. Ortega resuelve el vicio oscurantista de la literatura científica apoyando su sistema en metáforas, conaturales además a la existencia del hombre: “Suprímase de nuestra vida todo lo que no es metafórico y nos quedaremos disminuidos en nueve décimas partes”, afirma en 1924, en la serie de tres artículos titulada “Las dos grandes metáforas”, publicada en *El Sol* con motivo del segundo centenario del nacimiento de Kant⁶.

³ *Ibidem*.

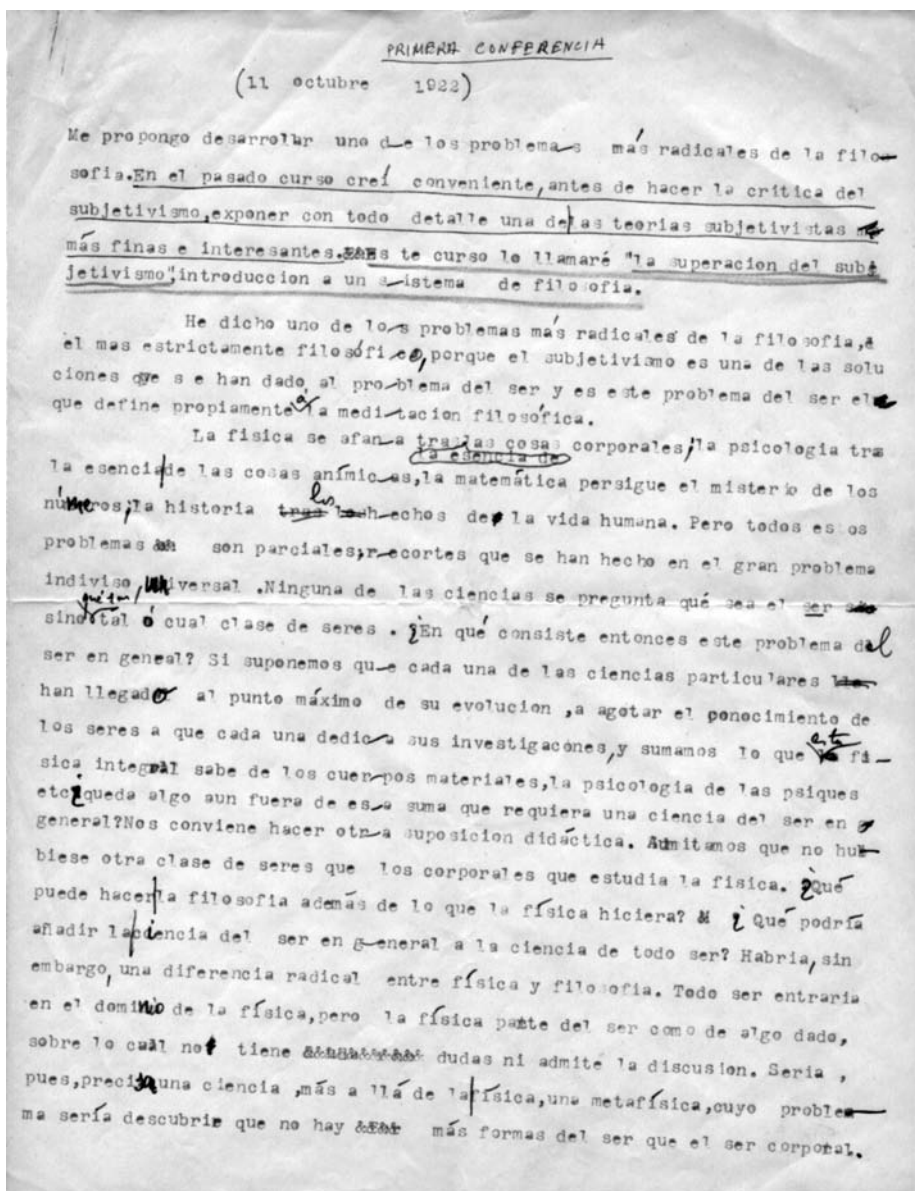
⁴ III, 561.

⁵ IV, 120.

⁶ II, 505.

Documentos:

Apuntes tomados por Fernando Vela en el inicio del curso universitario 1921-1922. Ortega los aprovechó para la primera parte de *El tema de nuestro tiempo* (1923).



pensamiento; hombres y mujeres que tienen, en cualquier caso, que salvar su propia circunstancia. Un repaso somero de los temas que Ortega desparramó sobre el público argentino nos da la clave para adivinar esta auténtica intención doctrinal subyacente en aquellas colaboraciones periodísticas.

No perdamos de vista que *La Nación* era “un diario de ganaderos y cerealeiros, dueños absolutos del liberalismo económico porteño o provincial”. Había sido fundado en 1870 por el entonces presidente de la República Argentina, Bartolomé Mitre, que le imprimió desde su nacimiento un talante conservador cercano a los intereses de los grandes capitales procedentes de la industria agropecuaria. Recuerda Marta Campomar cómo Ortega se las tiene que ver con este “macho prepotente luciendo galas, toros en la Rural y las últimas maquinarias”. Curioso *collage* el que ofrecía *La Nación*, mezclando al argentino henchido por la prosperidad, “ganaderos e industriales exitosos”, con la voz “alerta y austera de Ortega que profetizaba que la riqueza no era eterna”⁹.

A pesar de esta circunstancia, o precisamente por esa circunstancia, es por lo que Ortega despliega ante los argentinos un abanico de temas verdaderamente apabullante. Marta Campomar los relaciona al recordar cómo hablaba “sobre cuestiones psicológicas, sobre el origen deportivo del Estado, y alentaba la búsqueda de identidad nacional por medio de un historicismo etnográfico de amplio vuelo continental. Con el estudiante reflexionaba sobre las carreras y cómo entregarse a la ciencia disciplinadamente. Con las damas intercambiaba ideas sobre el Amor, sobre el cuerpo femenino y la posición de la mujer en la vida profesional moderna”. Enumera Campomar los interlocutores argentinos escogidos por Ortega: el sector académico y profesional, filósofos y científicos, historiadores, políticos, sociólogos, físicos y matemáticos, literatos... “No hay oficio, incluyendo el del teólogo, con el cual no haya polemizado desde las columnas de *La Nación*”¹⁰.

En realidad, este corolario no nos desvela nada que Ortega no hubiera exhibido ya en su actuación pública en España desde 1902. En este sentido, sus colaboraciones en *La Nación* subrayan estas dos características de su obra periodística: la multiplicidad temática y la heterogeneidad de sus interlocutores. De ahí que vean la luz en *La Nación* importantes obras orteguianas, de calado filosófico, como *Las Atlántidas*, *Ideas y creencias*, *La razón histórica*...

Se aprecia este repertorio de temas filosóficos desde las primeras colaboraciones con el diario bonaerense, como “Tiempo, distancia y forma en el arte de Proust”, la primera de todas publicada el 14 de enero de 1923 tras la muerte del escritor francés; “El ocaso de las revoluciones” el 11 de marzo de 1923, que formó parte de *El tema de nuestro tiempo*, significativo libro publicado por

⁹ *Ibidem*, pp. 45-46.

¹⁰ *Ibidem*, pp. 36-37.

entregas también en *La Nación*, aunque en Argentina lo dio en primicia la revista *Nosotros* en el mes de enero de 1923. En definitiva, entre el tomo III y VI de las nuevas *Obras completas* se puede hacer un recorrido diacrónico que nos mostrará los muchos títulos que Ortega dio al público argentino a través del gran rotativo de los Mitre.

No es extraño que sea Argentina el escenario donde Ortega desempeña esta –diríamos– labor pedagógica, dicho sea en el sentido de que sus artículos trascienden la labor del periodista o simple comentarista de actualidad. Según Campomar, el Ortega de *La Nación* es un “docente” que proyecta su enseñanza sobre un amplio público “ansioso de Cultura”. Decimos que no es extraño si consideramos la experiencia orteguiana del primer viaje a la Argentina en 1916, comentado en la anterior entrega de “El aristócrata en la plazuela”¹¹. “*El Espectador* será en lo sucesivo –escribe Ortega en mayo de 1917– tan argentino como español. (...) *El Espectador* es y tal vez será mejor entendido –mejor sentido– en la Argentina que en España”¹². No en vano, en un manuscrito inédito de 1928, año de su segundo viaje, dejó dicho que “yo me considero como un poco argentino”¹³.

Echando la vista hacia atrás, nos damos cuenta de la profunda impresión que a Ortega le causa encontrar en aquellas tierras al pueblo argentino joven y vigoroso, no marchito y cansado como el español, ya insensible a su doctrina por la costra impermeable del pasado. No es que el pueblo argentino no estuviese expuesto a los mismos riesgos intelectuales que el europeo, o sea, al anquilosamiento en los presupuestos filosóficos del siglo XIX; la diferencia que hace a Ortega enarcar las cejas a raíz del viaje del 16 es la porosidad del pueblo americano, la sensibilidad –no exenta de admiración– que manifiesta por su sistema de ideas.

Por lo tanto, tras el éxito abrumador del primer viaje ultramarino, era cuestión de tiempo que Ortega dispusiera de una tribuna influyente en Argentina. Tampoco olvidemos la experiencia periodística de 1911 en *La Prensa* de Buenos Aires ya estudiada en estas páginas¹⁴.

¹¹ Vid. “El aristócrata en la plazuela. Tercera parte: 1916-1922”, en *Revista de Estudios Orteguianos*, 20 (2010), pp. 60-63.

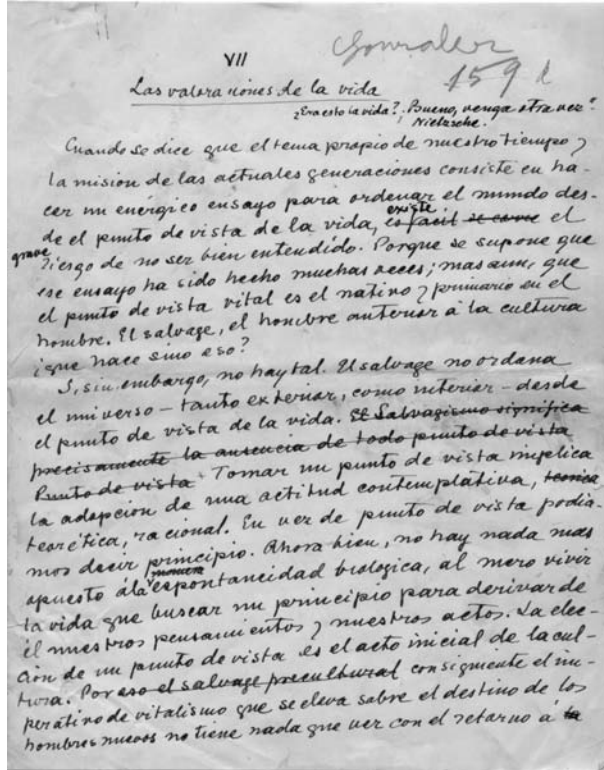
¹² II, 266.

¹³ VIII, 24.

¹⁴ Vid. “El aristócrata en la plazuela. Primera parte: 1902-1910”, en *Revista de Estudios Orteguianos*, 18 (2009).

Documentos:

Primera página del manuscrito "Las valoraciones de la vida", publicado en *La Nación*, el 1 de mayo de 1923, que después se convirtió en el capítulo VII de *El tema de nuestro tiempo* (1925)



"Las valoraciones de la vida". [La Nación] 1-V-1923



ISSN-1577-0079 / e-ISSN-3045-7882

DOCUMENTOS DE ARCHIVO

Su hija Soledad matiza estas palabras alegando que “durante todo 1923 ha estado Ortega dando vueltas al proyecto y poniendo a punto los medios para una empresa tan hondamente sentida como algo imprescindible para «salvar su circunstancia»”¹⁶.

Efectivamente, varios rasgos de la biografía de Ortega y de su pensamiento venían apuntando desde tiempo atrás esta nueva iniciativa: la decepción que sufre respecto a la política y que en 1916 le llevó a adoptar la postura del espectador; la convicción de que solo contando con una selecta minoría de españoles extraordinarios será posible cualquier intento de regeneración de la vida pública; la experiencia ultramarina, que le abre un nuevo horizonte de relaciones afectivas e intelectuales, además de un interesante repertorio de ideas de índole antropológica; la necesidad de encontrar en España un soporte definitivo para desempeñar la pedagogía social, o sea, un medio de influencia pero no popular, como el diario, no dirigido a la masa indolente, sino una revista hecha por intelectuales para lectores intelectuales, un cauce para la divulgación del pensamiento, la literatura y las ciencias internacionales.

Con ser importante cada uno de estos datos, no queda, sin embargo, completo el significado que la *Revista de Occidente* tuvo para Ortega. Evelyn López Campillo, autora de una monografía sobre la materia, la describe como una síntesis de las previas experiencias culturales del filósofo: “No debe considerarse como una creación *ex nihilo* de Ortega. Es el remate de un proceso durante el cual los ensayos, los fracasos (*trial and error*) muestran que la política cultural de Ortega es el producto de varios encuentros en las diferentes etapas de su vida”¹⁷.

También desde la perspectiva biográfica, Javier Zamora asegura que la *Revista de Occidente* es “uno de los proyectos más personales y más apasionados del filósofo”¹⁸. Probablemente, el nivel de pasión y personalidad que Ortega imprimió a *El Espectador* en el momento de alumbrarla en 1916, resistirían al puesto en la *Revista de Occidente* siete años después. La diferencia estriba en que *El Espectador* daba mucho trabajo y poco dinero, mientras que la *Revista de Occidente*, que en seguida engendró la editorial del mismo nombre, resultaba rentable tanto en el plano económico como en el terreno intelectual.

Hay otra razón más pedestre que también explica el éxito de la nueva revista, en comparación con las experiencias anteriores de *Faro* (1908) y *España* (1915): por primera vez Ortega disponía de una pequeña infraestructura administrativa, con su hermano Manuel a cargo de las cuentas, Fernando Vela como

¹⁶ Soledad ORTEGA SPOTTORNO, *José Ortega y Gasset. Imágenes de una vida. 1885-1955*. Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia / Fundación José Ortega y Gasset, 1983, p. 44.

¹⁷ Evelyn LÓPEZ CAMPILLO, *La Revista de Occidente y la formación de minorías*. Madrid: Taurus, 1972, p. 55.

¹⁸ Javier ZAMORA BONILLA, ob. cit., p. 219.

Secretario de Redacción, Manuel García Morente al frente de la editorial, y Dolores Castilla como “eficiente y fiel secretaria” de la *Revista*.

López Campillo encuentra un factor clave de la prosperidad de la *Revista* en la selección de colaboradores hecha por Ortega. Se rodea el filósofo de “hombres sobre quienes las presiones de los grupos sociales (partidos, asociaciones, movimientos, sindicatos, etc.) se ejercen de una manera muy atenuada”, no como en *Faro* y en *España*, cuyos colaboradores se vieron tantas veces sometidos a los vaivenes de la política. La apuesta de Ortega por sostener su proyecto periodístico en un grupo de intelectuales en lugar de periodistas afamados o de políticos con poder, podría tal vez diferir la eficacia de la acción social, de la influencia pública, que sin embargo quedaría asegurada a largo plazo al desbarbararla de los intereses inmediatos de la política.

Ahora bien, desde una perspectiva biográfica, la nueva revista que ve la luz en junio de 1923 representa una nueva forma de actuación política, entendida la política, como bien advierten Zamora y López Campillo, no en un sentido vulgar, sino como ulterior método de modificación de la circunstancia. Todo ello lo encontramos larvado en la deliciosa presentación de la revista que nos regala Ortega en el primer número bajo el sencillo título de “Propósitos”:

De espaldas a toda política, ya que la política no aspira nunca a entender las cosas, procurará esta Revista ir presentando a sus lectores el panorama esencial de la vida europea y americana¹⁹.

Es fácil reconocer en estas palabras el eco de aquellas “Confesiones de *El Espectador*” de 1916. También resuenan en estos renovados “Propósitos” una idea que ya encontramos en 1911 en el epígrafe “Un adivino de ensueños” del artículo “Nueva medicina espiritual”. Allí, Ortega formula su concepción de la actualidad periodística: “Actual no es lo que ahora, en este instante acaece, sino lo que actúa, lo que influye en los hombres y en las formas de su trato y sociedad”²⁰. Los periódicos, denuncia Ortega, se afanan por contar lo que es momentáneo y superficial, idea que desarrollará años después en *Misión de la Universidad* (1930): “La vida real es de cierto pura actualidad; pero la visión periodística deforma esta verdad reduciendo lo actual a lo instantáneo y lo instantáneo a lo resonante”. Para el filósofo, “cuanta más importancia substantiva y perdurable tenga una cosa o persona, menos hablarán de ella los periódicos, y en cambio destacarán en sus páginas lo que agota su esencia con ser un «suceso» y dar lugar a una noticia”²¹.

¹⁹ III, 531.

²⁰ I, 473-474.

²¹ IV, 567.

Estas ideas son las mismas que fundamentan la carta de intenciones de la *Revista de Occidente*, que nace para ofrecer “de cuando en cuando noticias claras y meditadas de lo que se siente, se hace y se padece en el mundo; ni el relato inerte de los hechos, ni la interpretación superficial y apasionada” del periódico. La *Revista* satisfará “la vital curiosidad que el individuo de nervios alerta siente por el vasto germinar de la vida en torno y es el deseo de vivir cara a cara con la honda realidad contemporánea”. La receta de Ortega para complacer a estos lectores es nítida:

Un poco de claridad, otro poco de orden y suficiente jerarquía en la información les revelará pronto el plano de la nueva arquitectura en que la vida occidental se está reconstruyendo.

Apreciemos la intención estética que Ortega pone en el proyecto, porque resulta de lo más actual en los tiempos corren. En nuestra era cibernética, caracterizada por la hiperinformación y la hipermedialidad, y donde el periodismo ha sido transformado en un valor económico (hoy es noticia todo lo que vende tenga o no importancia), resulta cada vez más necesaria la función social del profesional de la comunicación como un *gatekeeper*, o sea, como un filtro que deja pasar a la agenda mediática lo que de verdad tiene valor informativo. La falta de arquitectura informativa, de jerarquía preponderante en nuestros días tan solo está provocando desinformación. Pues esta misma idea que hoy empieza germinar en era de la comunicación digital es la que Ortega sugiere en 1923 al afirmar que “no basta que un hecho acontezca o un libro se publique para que deba hablarse de ellos”, y apela al carácter “intensivo y jerarquizado” que tendrá la *Revista de Occidente*.

¡Claridad, claridad demandan ante todo los tiempos que vienen! El viejo cariz de la existencia va siendo arrumbado vertiginosamente, y adopta el presente nueva faz y entrañas nuevas. Hay en el aire occidental disueltas emociones de viaje: la alegría de partir, el temblor de la peripecia, la ilusión de llegar y el miedo a perderse²².

Ortega rebosa optimismo. De sus palabras se desprende la ilusión que le depara la nueva empresa cultural. El propio nombre con el que ha bautizado a la revista es toda una declaración de intenciones, en correspondencia con este “aire occidental” del que pretende llenarse los pulmones. Según varias fuentes, el título se escogió de entre una lista de 15 propuestas planteadas en una tertulia de la Granja del Henar.

²² III, 530.

A este respecto, en el Archivo de la Fundación se conserva un curioso documento: se trata de una tarjeta de los Duques de Berwick y de Alba en la que invitan a cenar a Ortega en el Palacio de Liria el sábado 14 de abril de 1923. Pues bien, en el reverso de dicha tarjeta, que con toda probabilidad Ortega debía llevar en algún bolsillo el día de la citada tertulia en la Granja del Henar, el filósofo anotó a mano 12 nombres para la futura revista. No sabemos si son ocurrencias del propio Ortega o anotaciones que hizo con lo escuchado en la tertulia. En cualquier caso, la lista, que reproducimos a continuación, nos dice cuáles fueron las propuestas, y estas, a su vez, nos revelan las intenciones de aquellos hombres:

Revista Clara - R. del Arquero
 Incitaciones - R. del Mensajero
 R. del Siglo XX - R. del Tiempo
 La R. Moral - Las nuevas ideas
 Guía Mensual - Guía espiritual
 R. de Madrid - R. Occidental

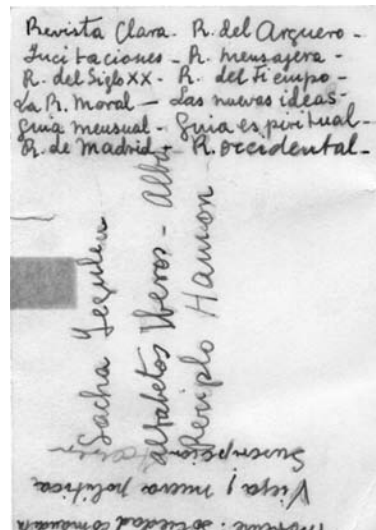
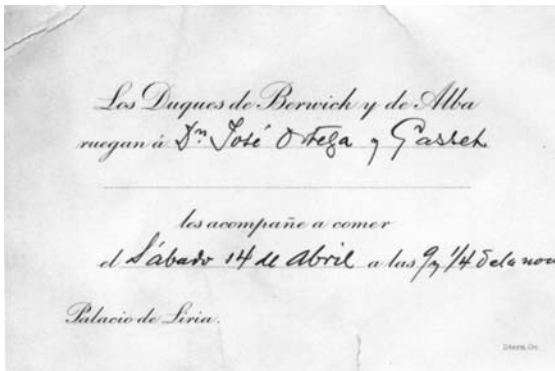
La mención de “Revista Occidental” en último término muestra cómo se fue destilando el pensamiento hasta llegar al nombre definitivo de *Revista de Occidente*. Cuenta Fernando Vela que el título sorprendió en la época, si bien era un símbolo evidente del espíritu que impulsaba la empresa de Ortega. Además, como señala Evelyn López Campillo, “entroncaba con las preocupaciones comunes de otros intelectuales (en Francia, por ejemplo, durante el año 1923, se produce el nacimiento de dos revistas importantes: *Europe* en enero, y *Renaissance d'Occident* en octubre)”²⁵.

Estamos en el ecuador de 1923 y este es el horizonte ante sus ojos: dispone de un público americano al que ilustra desde la tribuna de *La Nación*, que además le paga decorosamente; aquí, en casa, la estabilidad de su colaboración con *El Sol* le mantiene entre lo más influyente de la intelectualidad española; *El Espectador* ya ha publicado tres volúmenes, en 1916, 1917 y 1921, y el público espera el anuncio de la nueva entrega; la situación mundial tras la Gran Guerra presenta un nuevo orden internacional, caracterizado por una relación más estrecha y comunicativa entre los pueblos de Occidente. Ortega ha cumplido los 40 y se siente en la plenitud de sus fuerzas para afrontar todas y cada de estas incitaciones intelectuales.

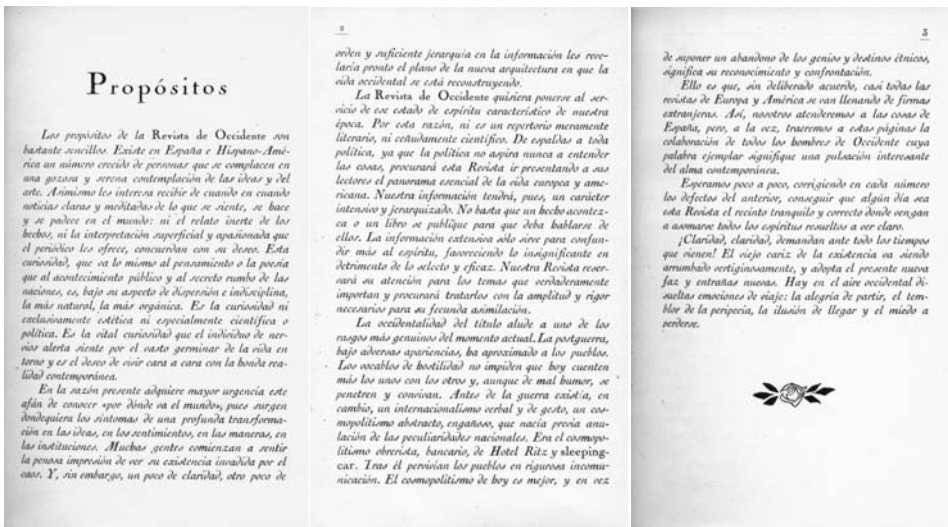
²⁵ Evelyn LÓPEZ-CAMPILLO, ob. cit., p. 59.

Documentos:

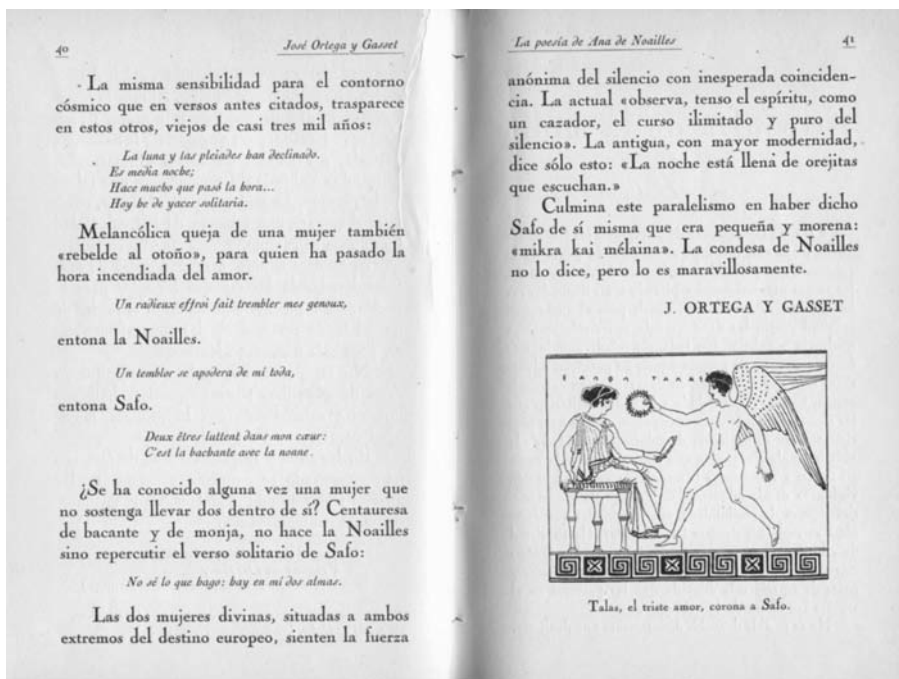
Tarjeta de los Duques de Berwick y de Alba con la invitación dirigida a José Ortega y Gasset para cenar en el Palacio de Liria el sábado 14 de abril de [1923] y reverso con las anotaciones manuscritas de posibles nombres para la *Revista de Occidente*



“Propósitos”. [Revista de Occidente, julio 1923]



Detalle de la composición de unas páginas de *Revista de Occidente*. José Ortega y Gasset, "La poesía de Anna de Noailles". [Julio de 1923]



Dolores Castilla. [s/f]



Una de las muchas notas que Dolores Castilla dejaba a José Ortega y Gasset con los recados del día. 24-VII-[1925]

Nota del día 24 Julio - Viernes.

Esta mañana se ha hecho los libreros de provincias y hoy por la tarde libreros Madrid.

Se entregado al Sr. "de su artículo de "El Sol" y le ha dado el recado sobre los dibujos de "Marte". Como nota de averarle en cuanto llegue el libro de Bogoch. Envío a Vd. papel de la Revista y sobres.

Abuche envío al Sr. Márquez las reproducciones de un retrato. Espero que Vd. me indique el tengo que enviar uno al Sr. Carrillo - "Mansueto" el 12 - digo si se los envío a Vd. todos. Los hay de tres clases, grandes mates y extra brillantes y tarjetas. En caso de mandárselo yo directamente, ¿de qué clase le hago?
Todavía no sé nada de las oposiciones.

La letra de Calpe estaba abonda ya y se ha pagado las que venían hoy.

P.D.
Por indicación de D. Manuel envío a Vd. todos los retratos.
Ha pedido hoy Calpe (Rios Rosas):
10 - Decamerón
15 ejemplares revista (varios ademas)

Ajustados pliegos 5 de "Santo" y tirado el 4 inclusive. Tirados dos primeros 4 de "Deshumanización". Compuesto de Revista Salinas, Bosch y prate de Landberg, Bastes y algunas notas.

(2)

Esta mañana se te ha enviado por valores las docientas pesetas.

Pedido de provincias de esta tarde:
2 Figuras y 1 Estupendo - Bilbao.
2 Cuentos de China - Granada.
2 Cuentos de China Valencia.
2 Decamerón
4 Esperados
4 Santo Juan
Se ha recibido el telegrama de correcciones.

Fernando Vela, secretario de Redacción de *Revista de Occidente*. [s/f]



José Ortega y Gasset y Manuel García Morente. [1925]



La *Revista de Occidente* en cifras

Como en anteriores empresas culturales, Ortega puede cumplir su propósito gracias a la financiación externa. En este caso, la Sociedad cuenta con un capital inicial de 38.000 pesetas. Las aportaciones son de diversa procedencia, aunque todas basadas en la proximidad con el filósofo, como la de Nicolás María Urgoiti. Doña Soledad cuenta que “entre tres amigos de Ortega –María de Maeztu, el pintor granadino José Rodríguez Acosta y el financiero don Serapio Huici– se reúnen 30.000 pesetas repartidas en 30 acciones”²⁴, y aclara que ni el filósofo ni su hermano Manuel pudieron suscribir ninguna acción. La *Revista* se instala en el número 7 de la avenida Pi y Margall, actual Casa del Libro de la Gran Vía, que pronto se convirtió en la sede de la conocida tertulia, la cual tenía lugar en un amplio salón al caer la tarde, antes de cenar. También se celebraba una “mini-tertulia”, a decir de doña Soledad, “poco antes de la hora del almuerzo”.

Ortega asumió personalmente la promoción de la revista y desarrolló una destacada labor publicística entre amigos y conocidos, poniendo su firma como aval de la nueva publicación. Las primeras preocupaciones de orden logístico consistían en controlar una buena red de librerías repartidas por España y Latinoamérica que hicieran circular la revista y favorecieran su venta. Tam-

²⁴ Soledad ORTEGA, ob. cit., p. 44.

bién había que captar la benevolencia de la prensa, sobre todo de los periódicos afines como medios insustituibles de publicidad, y de los periodistas amigos para que reseñaran los contenidos de cada nuevo número.

Las cartas firmadas de puño y letra por el filósofo el 30 de junio de 1923 empezaban así:

Mi querido amigo: dentro de pocos días saldrá el primer número de una revista mensual que, con el título *Revista de Occidente*, voy a editar. Es un esfuerzo que, como todos los de este tipo en España, solo puede evitar el fracaso contando con el apoyo decidido de las personas que espontáneamente se interesan por las cosas de fina intelectualidad. Por esta razón me permito dirigirme a Vd. para rogarle que sea en esa provincia el padrino de nuestra publicación.

El resto de cada carta era una guía para los futuros “padrinos” sobre cómo afrontar la promoción de la revista: buscar un librero de garantía que ponga en lugar visible el cartel publicitario y cada nuevo ejemplar; conseguir el mayor número posible de suscriptores, ya sean personales o institucionales; procurar que los periódicos se ocupen de la revista, buscar anunciantes y transmitir cualquier observación sobre cómo mejorar la comercialización.

Le agradeceré a Vd. mucho que si no le sirve de molestia, me conteste manifestando su ánimo frente al contenido de esta carta.

Dándole gracias anticipadas, queda de Vd. affmo. amigo.

Otras cartas conservadas en la misma carpeta dan fe de la buena acogida de la revista en diferentes lugares, como en Bilbao, a cuyo “padrino” dirige Ortega en agosto de 1923 una breve nota de agradecimiento donde alude al “resultado bastante satisfactorio” que ha cosechado la publicación. La campaña se repitió en octubre de 1923 con motivo del lanzamiento del tercer número. Ortega vuelve a dirigirse a sus contactos aludiendo “al excelente éxito de público”, del que naturalmente “una buena parte corresponde a Vd.”, e insiste en la conveniencia de que los periódicos inserten mensualmente el sumario de la revista.

Durante la primera etapa entre 1923 y 1936, la revista se vendió a 3,50 pesetas y, según Vela, la tirada de 3.000 ejemplares casi nunca se agotaba, lo cual no quiere decir que la empresa fuera deficitaria, ni mucho menos. Hay que tener en cuenta que más de la mitad de la tirada era comprada por Espasa-Calpe para la distribución en Hispanoamérica. En este sentido, se conservan en el Archivo numerosas cartas que hablan del enorme éxito que la publicación está cosechando y del continuo aumento de los pedidos. “Ampliando lo dicho en mi anterior del 10 de septiembre, tengo el gusto de informarle que la *Revista de*

Occidente va viento en popa²⁵, le escribe orgulloso Julián Urgoiti, delegado de Espasa-Calpe en Buenos Aires. Le habla de ejemplares a punto de agotarse y de nuevos pedidos: “Del nº 4 en adelante he fijado el servicio en 1.000 ejemplares”. Le comenta cómo “hemos hecho que Armando Donoso y algunos otros críticos literarios de nota se ocupen de la revista tanto en *El Mercurio* como en *La Nación* de Chile, todo ello con un excelente resultado según me comunica el jefe de nuestra casa de Santiago”. Meses después, Ortega vuelve a recibir carta del hijo de Urgoiti en el mismo sentido, lo que demuestra el éxito de la publicación entre el público hispanoamericano.

Una nota enviada en 1928 por Dolores Castilla a Ortega (que acaba de desembarcar en Uruguay), le habla de que el mes de octubre “ha sido excelente para la revista”, y le detalla las salidas de libros que dan fe del éxito de la revista y de la editorial: “Un librero de Quito hizo un pedido bastante importante y envió un cheque de 1.000 pesetas”. Entre los derechos que se habían abonado en esa fecha, Dolores Castilla menciona los de Cohen, Fisher, Gaos, Jarnés..., en fin, la fabulosa y nutrida nómina de colaboradores que llegó a aglutinar *Revista de Occidente* y que son, sin duda, la explicación del éxito empresarial que hemos descrito.

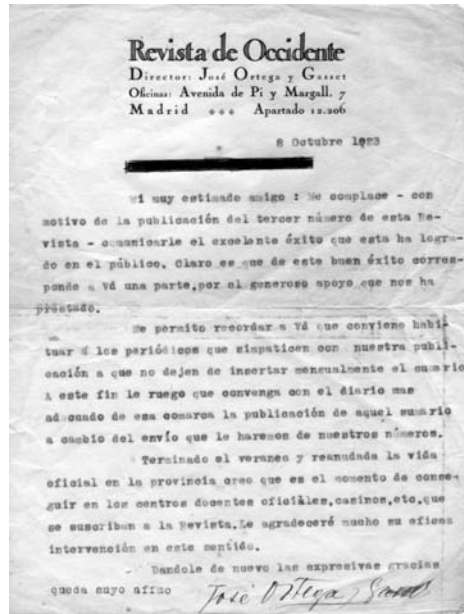
Documentos:

Carta de promoción de la *Revista de Occidente* enviada por Ortega a posibles colaboradores en provincias españolas y en Latinoamérica. Madrid, 30-VI-1923

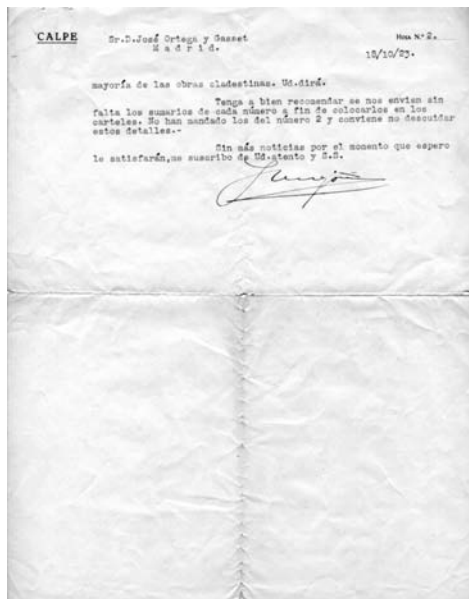
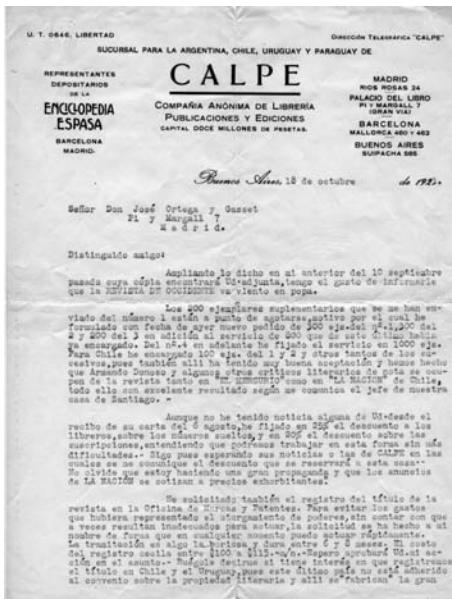


²⁵ Esta y la siguiente en carta de Julián Urgoiti a Ortega. Buenos Aires, 18 de octubre de 1923.

Segunda carta de promoción enviada por Ortega a los colaboradores externos encargados de promocionar la revista. Madrid, 8-X-1923



Carta de Julián Ugoiti a Ortega en la que le cuenta el éxito de la *Revista de Occidente* en Hispanoamérica. Buenos Aires, 18-X-1923



Nota de Dolores Castilla enviada a Ortega con la lista de pedidos recibidos.
[Madrid] 6-XI-1928

6 Noviembre 1928

D. José: Ya creo que D. Manuel le cuenta algo de administración y hebrá visto que al mes de Octubre ha sido esencialmente para la Revista. En una cuartilla aparte le detallo las salidas de libros mas importantes sin contar los pedidos pequeños. Un libro de quito hizo un pedido bastante importante y avrá un cheque de 1.000 pesetas. Se han pagado los derechos de

Cohen. Saber y Cultura
" Académia plástica 300
Riechl. Los seis temas 800
Fischer. Isla de las Dumas 534 (6%) de la vent.
Naus Geist. Resentimiento 492 7% "
Estrella y atomos 125 clichés

Gasa Traducciones 1.200
Jamás 200

Principales colaboraciones
Guillen 100
Espina 100
Jehl 335 (Vinetas Rta)
Bernardes Canete 175
Secretan 100
Alberti 100
Alonso 125
Scheler (Rta) 250

Ademas de todas las salidas habituales de caja 6.000 pts en letras, 750 pts de libros comprados a Calpe yk algunas otra cosa de menor importancia.
Seguimos teniendo agrf noticias suyas por los periódicos y no sabe usted bien cuanto nos alegramos Matilde y yo de sus triunfos. ¿ Para cuando su regreso? Saludos afectuosos de todos y de

Octubre 1928.

V. Ocampo	70
Coguetoria	16
Tartessos	17
Isla de las Dumas	27
Espectador IV.	398 (sin contar el primer pedido)
" Y	155
" VI	210
" I	58
" II	365
" III	264
Deshumanización	100
Temo de n/ tiempo	181
E. Invertibrida	219
Roma o Moscú	15
Arte de los Griegos	83
Realismo lógico	23
Sta Teresa	25
Romancero	92
Decameron	30
Cuentos China	25
Fª antigua	68
" moderna	14
" Siglo XIX	16
Cartas biologicas	13
Koffka	104
Esencia del dinero	14
Psicología	51
Simmel I.	64
" II.	62
Lo Inconociente	18
La herencia	116
Sola terna	15
República romana	77
Mujer en la E. Media	60
	2.935

Los colaboradores

La nómina de colaboradores extranjeros y españoles pone de manifiesto el acusado carácter internacional de la *Revista de Occidente*. Para Antonio Espina, cercano colaborador de Ortega, la revista fue el "núcleo de una serie de iniciativas de carácter literario o filosófico que estimulan la vida espiritual del mundo de habla española y dan a conocer las obras –Spranger, Worringer, Croce, Russell, Simmel, etc.– más significativas del pensamiento moderno"²⁶.

Muchos estudiosos del periodo coinciden con esta opinión, como José Carlos Mainer para quien "la *Revista* pudo reunir una completa nómina del espiritualismo irracionalista de entreguerras, de aquellos intérpretes –algunos un tanto funambulescos– de lo que quedaba del «alma de Europa», y cita entre ellos a Max Scheler, Oswald Spengler, Georg Simmel, Carl Gustav Jung, Leo Frobenius, Johan Huizinga, etc."²⁷.

Y no solo es que firmaran artículos estos renombrados colaboradores, es que a través de reseñas y notas también se da a conocer al público español

²⁶ Antonio ESPINA, *El cuarto poder*. Madrid: Libertarias/Prodhuvi, 1993, p. 256.

²⁷ José Carlos MAINER, *La Edad de Plata (1902-1939)*. Madrid: Cátedra, 1983, pp. 191-192.

otros importantes nombres de la nueva literatura mundial: Kafka, Rilke y George Kaiser entre los alemanes; James Joyce, Virginia Woolf y Joseph Conrad entre los vinculados a la literatura británica; Jean Cocteau, Jean Girardoux, Paul Valéry y la polémica del surrealismo por lo que hace a Francia; John Dos Passos, Ernest Hemingway y William Faulkner entre los norteamericanos; Eugenio Zamiatin e Ilia Eremburg entre los soviéticos²⁸.

En cuanto a los autores del interior, para Mainer la *Revista de Occidente* se convirtió en “el portavoz más importante” de la generación del 27 antes de 1931. La editorial homónima publicó a Guillén, Salinas, Alberti y Lorca en la colección “Los poetas”, además del “más importante proyecto de edición de las obras completas de Luis de Góngora”, lo que según Mainer atestigua el énfasis que “Ortega y sus colaboradores pusieron en los rumbos del arte moderno”²⁹.

En conjunto, Evelyn López-Campillo ha sumado 308 colaboradores en la primera época de la *Revista*, entre los que sobresalen, como es natural, los de habla hispana. Sin embargo, la vocación internacional de la publicación hace que tengan una presencia importante autores de otras lenguas, entre los que destacan los alemanes, seguidos de los ingleses y franceses.

También ha ajustado López-Campillo el número de colaboraciones por cada autor, y su conclusión es que pueden considerarse redactores habituales de la *Revista* Benjamín Jarnés, Fernando Vela y Antonio Marichalar, y tras ellos, en un segundo rango por número de colaboraciones, figuras tan emblemáticas de la cultura del momento como Ramón Gómez de la Serna, Corpus Barga o Gerardo Diego. Otros nombres relacionados inevitablemente con *Revista de Occidente* son María Zambrano, Melchor Fernández Almagro, Manuel García Morente, Enrique Díaz-Canedo, José Antonio Maravall, Dantín Cereceda, Pedro Salinas, Gregorio Marañón, Antonio Machado, Alfonso Reyes, y con un número menor de colaboraciones, pero no por ello una presencia menos relevante en el haber de la publicación, Juan Ramón Jiménez, Ramón Pérez de Ayala, Pío Baroja, Jorge Luis Borges y Azorín³⁰.

²⁸ *Ibídem.*

²⁹ *Ibídem.*

³⁰ Evelyn LÓPEZ-CAMPILLO, ob. cit., pp. 71-73.

Documentos:

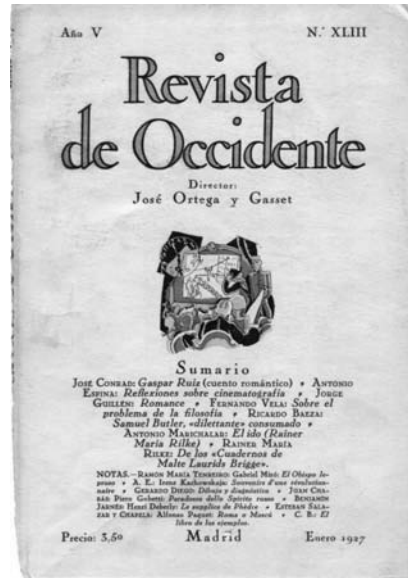
Tertulia de la Revista de Occidente. De izquierda a derecha: 1. Tomás Rodríguez Bachiller. 2. Gerardo Diego. 3. José Ruiz Castillo. 4. José Sacristán. 5. Xavier Zubiri. 6. Ramón Gómez de la Serna. 7. Antonio Marichalar. 8. Fernando Vela. 9. José Ortega y Gasset. 10. Antonio Espina. 11. Valentín Andrés Álvarez. 12. Benjamín Jarnés. [Madrid, 1927]



Dibujo sobre el cinematógrafo para ilustración de la portada del número 43 de la *Revista de Occidente*. [1927]



Portada del número 43 de la *Revista de Occidente* donde se observa el montaje con el anterior dibujo. Enero de 1927



Solapa del número 43 de la *Revista de Occidente* donde se indicaban las señas de la revista, el índice del número y las condiciones de venta y suscripción. [Madrid, 1927]



Ramón Gómez de la Serna, colaborador de la *Revista de Occidente* y miembro de la tertulia, en primer término, con Ortega (en medio) y Fernando Vela detrás. [Aravaca, 1929]



Ortega y *El Sol* ante el cambio de régimen. Septiembre de 1923

“Que se haga el milagro aunque lo haga el diablo”. Con esta resonante frase de Luis Araquistáin ha pasado a la historia el sentir de buena parte de la opinión pública que en el otoño de 1923 asistía, por fin, al final de un sistema político cuya ineficacia se evidenciaba desde hacía años. El Directorio militar venía a enterrar definitivamente el régimen político de la Restauración, herido de muerte desde 1917.

La situación de deterioro progresivo de la vida pública española que justificaba la Dictadura estuvo marcada, no obstante, por dos acontecimientos históricos que bien explican la solución militar: por un lado, el asesinato en marzo de 1921 de Eduardo Dato, a la sazón presidente del Gobierno conservador. Por otro lado, el Desastre de Annual en julio de 1921, que trajo consigo la apertura del llamado *Expediente Picasso*, nombre que tomaba del general encargado de averiguar las responsabilidades militares por la derrota del Ejército español contra los rifeños en el Norte de África.

Este episodio africano tuvo consecuencias decisivas para el devenir político de España. No era sólo una cuestión de honor mancillado. Ocurría, además, que la clase política estaba profundamente dividida entre quienes querían avanzar en la colonización del territorio marroquí y quienes deseaban, en el mejor de los casos, crear un protectorado sobre Melilla cuando no retirarse definitivamente de Marruecos.

En resumen, los gobiernos de concentración que después de 1917 se turnaron en el poder, en una variación del sistema turnista anterior, se mostraban incapaces de sostener las riendas de una España verdaderamente cansada de los partidos y de los políticos. A esto se unían las tensiones centrífugas derivadas de la incursión del movimiento regionalista en la administración del Estado, sumadas al anarquismo radical y violento como factor desestabilizador.

Ante esta coyuntura, el general Primo de Rivera no encontró una resistencia popular fuerte ni organizada contra el pronunciamiento. Más bien al contrario, según refleja la actitud editorial de la prensa del momento. Los periódicos de derechas reaccionaron entusiasmados, como era de esperar; los de izquierdas, si bien no echaron las campanas al vuelo, tampoco parecían disgustados con la solución del Directorio. Esto se debe a varios motivos, entre otros el que apunta Javier Tusell cuando explica que la esencia del programa político de Primo “nacía de una voluntad regeneracionista que conectaba muy bien con la mentalidad de la época”, e incluso utilizaba “un lenguaje a menudo muy semejante al de Costa”³¹.

Tanto el dictador como la sociedad civil (con la prensa a la cabeza) y el estamento militar (con el Rey de su parte), pensaron que la Dictadura sería coyuntural, que duraría sólo el tiempo necesario para regenerar la vida parlamentaria española, aplacar el radicalismo terrorista y reconducir la política exterior de España en Marruecos.

Como es previsible, los artículos políticos que Ortega publica en *El Sol* durante estos años desmenuzan los acontecimientos que acucian a España. Algunos argumentos del pasado, como los expuestos en “la situación político-militar. La hora de Hércules” (*El Sol*, 10 de febrero de 1920), recobran actualidad con el Golpe de Estado. También recupera Ortega su doctrina de la responsabilidad del pueblo en la degeneración política, exhibida en el emblemático artículo “Sobre la vieja política”, que pudo sortear la censura y fue publicado en *El Sol* el 27 de noviembre de 1923, dos meses después del Golpe (13 de septiembre): “La raíz y la causa de todo el régimen estaban y están en los gobernados, no en los gobernantes”, repetía Ortega.

He aquí la idea matriz de su perspectiva sobre la situación política de España: los responsables no son los políticos, son los españoles que mansa-

³¹ Javier TUSELL, *Historia de España*. Madrid: Taurus, 1998, pp. 595-596.

mente se dejan gobernar por un grupo de “audaces” que han cometido “latrocinios, injusticias, ilegalidades”; nada, argumenta Ortega, que no pueda resolver una sociedad sana. “Los viejos políticos, digámoslo galantemente, eran solo la flor de la «vieja política»”. Asegura Ortega que existen otros países donde los políticos han cometido más aberraciones que los gobernantes españoles, pero sus sociedades no se han desmoronado porque no arrastran la falta de moralidad que reina en la española.

El cinismo, la desaprensión, la incompetencia, la ilegalidad, el caciquismo, etcétera, procedían, proceden y procederán de la gran masa española que vive desde hace mucho tiempo, con anterioridad a la instauración de la “vieja política”, en un grado de desmoralización superlativo. (...) Mirando bien las cosas, se viene al convencimiento de que la política de los últimos cincuenta años ha sido la expresión más exacta del sentimiento colectivo español. No conozco país donde en esa época haya gobernado tan plenamente la opinión pública.

Ortega plantea a Primo de Rivera un programa de actuación que no solo se centre “en castigar los usos de los gobernantes, sino en sustituir los usos de los gobernados”, porque para el filósofo no hay duda: “Con ser detestables los «viejos políticos», son mucho peores los viejos españoles, esa gran masa inerte y malediciente sin ímpetu ni fervor ni interna disciplina”³².

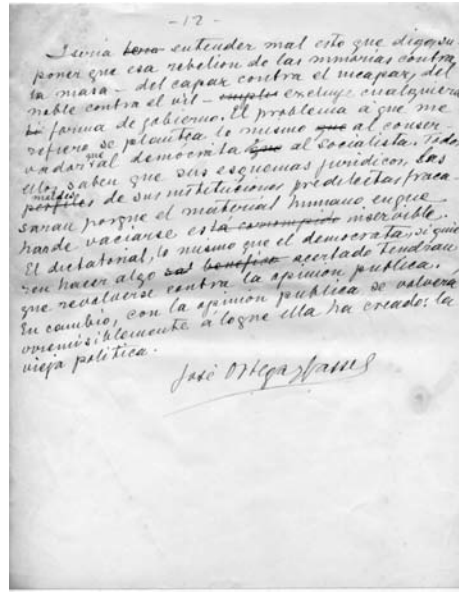
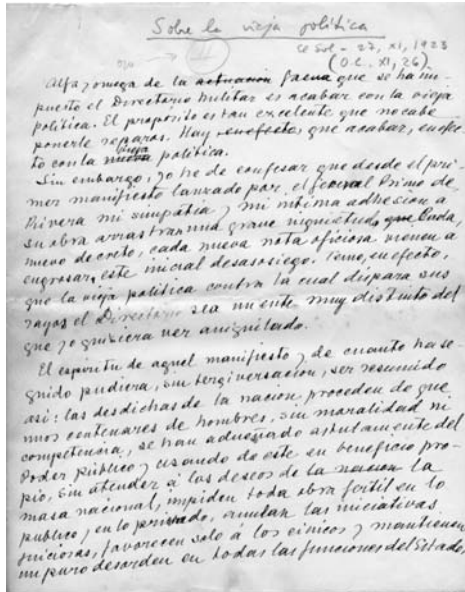
En este señero artículo, Ortega no se limita a indicar las directrices que deben guiar la política del general jerezano. Va un paso más allá cuando, casi al final del texto, recoge una idea que sugirió en los primeros párrafos: la necesidad de que el Directorio se resuelva a provocar una “concentración de todas las minorías selectas que formen una legión sagrada y arremetan contra la masa”. Solo así ve Ortega posible “hacer de la materia corrompida, que es nuestra raza, un nuevo Poder histórico”³³.

³² Esta y las anteriores en III, 553-554.

³³ III, 554-555.

Documentos:

Primera y última página del manuscrito del artículo "Sobre la vieja política". [*El Sol*, 27-XII-1923]



La censura y el primer enfrentamiento con *El Sol*

A raíz de este artículo y durante el periodo en que nos encontramos, la relación de Ortega con *El Sol* comienza a deteriorarse. Las primeras fricciones, sin importancia aparente, desembocarán en 1931 con la salida del colaborador más ilustre del periódico. Al menos tres son los argumentos por los que se enfrentan Ortega y *El Sol*:

1. La idea orteguiana de que los males de España son responsabilidad de los españoles, no de los políticos ("Sobre la vieja política", *El Sol*, 27 de diciembre de 1923).
2. La crítica de Ortega hacia la Prensa como el poder social de menor rango espiritual ("Sobre el poder de la prensa", *El Sol*, 13 de diciembre de 1930).
3. La doctrina expuesta por Ortega en el artículo "El error Berenguer" y su lapidaria sentencia "*Delenda est Monarquía*" (*El Sol*, 15 de noviembre de 1930).

Estos argumentos, sin embargo, son aparentes porque bajo ellos se está incubando una causa ulterior, como es la falta de comunión entre las ideas polí-

ticas de Ortega y la línea editorial de *El Sol*, cada vez más controlado por los accionistas conservadores de la Papelera, que han acaparado casi todo el poder en el Consejo de Administración del periódico.

Las tesis expuestas por Ortega en “Sobre la vieja política” produjeron diversas reacciones entre la opinión pública, no pocas de ellas en contra de lo manifestado por el filósofo. Acostumbrado a que sus ideas políticas soliviantaran a los que veían la realidad desde otro prisma, no podía Ortega imaginar que esta vez el correctivo proviniera de su propia casa. La dirección de *El Sol* publica un editorial el día 28 de noviembre, al día siguiente de su artículo, en el que cuestiona las ideas de Ortega criticando su visión pesimista del pueblo y su creencia de que solo una minoría selecta de españoles podrá sacar el país adelante.

Desconocemos las razones por las que no vio la luz la respuesta que el filósofo preparó tras este editorial, y que comenzaba apelando a la sorpresa de que “mi artículo «Sobre la vieja política» ha sido ocasión de comentarios y discusiones más numerosos y acalorados de lo que el trabajo merecía”. En el Archivo, sin embargo, se conservan las galeradas de *El Sol*, lo que indica que Ortega envió la réplica al periódico y que el texto llegó incluso a montarse en los talleres. En cualquier caso, ninguna de las tres hipótesis que formulemos para aclarar lo ocurrido resulta del todo convincente.

Podemos especular con que la dirección de *El Sol* hubiera decidido no publicarlo, es decir, que el periódico, quizá presionado por el Consejo de Administración, hubiera censurado a su más ilustre colaborador. Esta hipótesis presenta una importante debilidad: admitir que Ortega aceptara la censura de sus compañeros y siguiera colaborando con el periódico como si tal cosa, lo que no es probable.

Pudo ocurrir, si no, que el propio Ortega decidiera a última hora no publicarlo para no echar más leña al fuego, o sea, que se hubiera autocensurado; al fin y al cabo se trataba de *El Sol*, su periódico, en cuya fundación tanto tuvo que ver y con el que le unen lazos más profundos que los profesionales. Además, no era la primera vez que Ortega dejaba un texto en capilla y sin publicar; los cuatro tomos de la obra póstuma están llenos de ellos. Bien mirado, el texto no pasa de ser una respuesta a los concretos ataques de *El Sol* y Ortega no desarrolla nada las ideas expuestas en “Sobre la vieja política”, como mucho las perfila un poco más. Por lo tanto, resulta verosímil la posibilidad de que el filósofo decidiera dar el asunto por zanjado, abandonar de la estéril dialéctica del “donde dije digo, digo Diego” y dedicarse con responsabilidad intelectual a los desafíos que la actualidad ponía ante sus ojos.

En fin, la tercera posibilidad es que la censura establecida por el régimen hubiera impedido su publicación. Los periodistas y hombres de letras sabían

que el censor sobrevolaba sus cabezas; de hecho, en este mismo artículo, el propio Ortega avisa de que seguirá escribiendo “si el Poder público lo permite”. Cobra fuerza esta hipótesis si tenemos en cuenta que en el Archivo se conservan otros dos textos escritos en estas fechas, uno incluso montado en galeradas, titulados “Política de estos días. La oscuridad de lo claro” y “Los generales septembristas”. Ambos contienen ideas que, a diferencia de la inocua réplica a *El Sol*, sí podrían haber provocado la actuación del censor.

En “[Los generales septembristas]”, Ortega protesta por la censura, innecesaria a la vista de la pacífica reacción popular tras el Golpe de Estado. Es más, para Ortega, el silencio impuesto por la Dictadura se puede volver en su contra, pues si bien “todas las palabras son equívocas, lo son limitadamente; en cambio, el silencio es un equívoco sin limitación”³⁴. Por eso reclama al Directorio militar que si “se propone destruir una organización pública corrompida y facilitar el advenimiento de otra más saludable”, le vendría bien “un poco de conversación, un canje de opiniones y de propósitos en que se afine la puntería contra la vieja perversidad y se vaya estructurando una nueva conciencia política”. Alerta Ortega al Directorio de que la “adhesión unánime” que ha hallado el general tras el Golpe, se irá “fracturando” y “desparramando en corrientes diversas y discrepantes”.

Por su parte, el artículo censurado “Política de estos días. La oscuridad de lo claro”, resulta un impresionante ejercicio pedagógico para los que detentaban el poder, y desde luego una provocación intolerable para la censura. Comienza Ortega con una idea que repite en diferentes lugares por estas mismas fechas, y es la advertencia de que su intención como intelectual no consiste en suplantar a los políticos, aunque “pueden llegar horas excepcionales –y acaso las que ahora transcurren lo sean– en que convenga concentrar sobre los problemas públicos todas las colaboraciones”. Pero deja muy claro que “esta intervención del intelectual en la política debe ser muy sobria y de ocasión”. Es más, si el intelectual cometiera el error de suplantar su punto de vista por el del político, solo conseguiría “anular el posible provecho de su intervención”. Para Ortega, las miradas del político y del intelectual son antagónicas, así que acierta Platón cuando sitúa el bienestar de la República en que “cada cual haga lo suyo”.

Otra argumento importante del texto es que Ortega reclama para sí la creación del concepto “vieja política” que tanto éxito parece tener en la opinión pública:

³⁴ Este manuscrito está incompleto y por eso no forma parte de las *Obras completas*, pero alguna de las ideas que contiene fueron aprovechadas por el filósofo para redactar “Política de estos días. La oscuridad de lo claro”, que está firmado por Ortega y acabado. Víctima de la censura en 1930, hoy se puede leer en VII, 803-806.

Me importa recordar que la expresión “vieja política” se ha levantado hasta la popularidad que hoy goza de una mísera conferencia mía dada en 1914. Conste, pues, que me he batido contra el eclipsado régimen más que casi todos los españoles que ahora resumen su patriotismo en regocijarse si un político deja de cobrar unas dietas de consejero o si a algún poeta pobre y de alto mérito se le suprime cierto mínimo sueldo. Los propios generales del Directorio no pueden presentar una hoja de servicios contra la vieja política tan nutrida como el grupo de escritores entre los cuales me hallo incluido³⁵.

En resumen, cree Ortega que la ocasión es “egregia para una profunda rectificación de ideas y de actos”, pero reclama que “cada cual fije su pensamiento con exactitud, con respeto, con medida y, a la vez, con entereza”.

Con este precedente, no es de extrañar que los censores anduvieran al acecho con los artículos de Ortega. La misma suerte que este texto censurado corrió “Mi artículo «Sobre la vieja política»”, en que Ortega emplea contra *El Sol* un tono de contraataque amistoso, pues su intención es “contestar algunas observaciones que me son dirigidas por este periódico donde escribo desde su fundación y del que no me han de separar las actuales discrepancias”.

Me era conocido que *El Sol* no coincidía conmigo ni en la manera de entender la vieja política ni en el modo de apreciar la situación actual. Tanto más he de agradecer que publicase mi artículo de anteaer, donde tan gravemente discrepaba de sus ideas. No me extraña, pues, que en un editorial haya opuesto a mis juicios algunas razones. Lo que sí me extraña –y mi larga y entrañable adscripción a la vida de este periódico me da algún derecho a expresarlo sin oblicuidad– es la calidad de esas razones³⁶.

Como se ve, Ortega no da puntada sin hilo, tónica dominante del artículo. Aclara el filósofo que se refiere a minorías que son “selectas, ante todo y sobre todo, porque se exigen mucho a sí mismas”, y vuelve a formular su concepto de aristocracia:

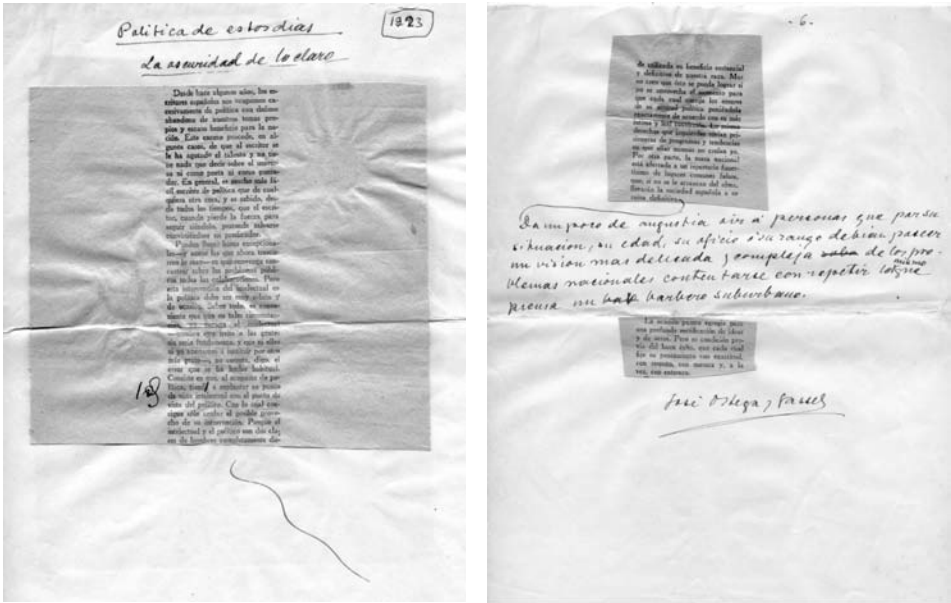
El hombre que se impone a sí propio una disciplina más dura y unas exigencias mayores que las habituales, se selecciona a sí mismo, se sitúa aparte y fuera de la gran masa indisciplinada, donde los individuos viven sin tensión ni rigor, cómodamente apoyados los unos sobre los otros.

Una vez aclarado el concepto, Ortega invita a *El Sol* a mantenerse en la “finezza del pensamiento” a que le obliga su tradición: “Que *El Sol* piense blanco

³⁵ VII, 805.

³⁶ Esta y las siguientes en VII, 807-810.

Primeras páginas y última de las galeradas del artículo censurado "Política de estos días. La oscuridad de lo claro". [Madrid, octubre de 1923]



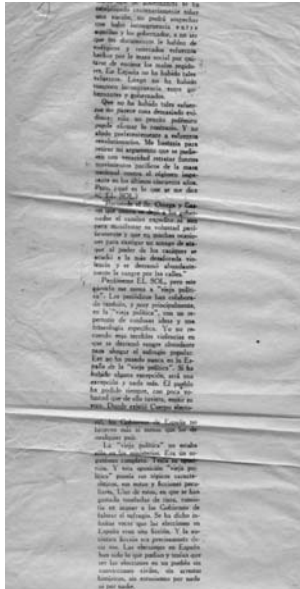
Galeradas del texto "Mi artículo «Sobre la vieja política», no publicado en El Sol. [Madrid, 29-XI-1923]



ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

DOCUMENTOS DE ARCHIVO

ISSN- 1577-0079 / e-ISSN- 3045-7882



La perspectiva global de la realidad

El contexto internacional tampoco escapa del radar orteguiano. Estamos en el periodo de entreguerras, y el hecho de que en España se haya impuesto finalmente el régimen militar no parece una excepción. En países próximos, como la Italia de Mussolini, el Parlamento también se ha demostrado ineficiente frente al reto de gobernar. Argumenta Ortega que los ciudadanos, “sean derechistas o izquierdistas”, quieren “que la barca navegue, y cuando se presenta alguien con gesto resuelto pone una mano dura en el timón, la gente aplaude”. Este razonamiento lleva al filósofo a explicar “la sorprendente pululación de dictaduras que hoy ameniza el paisaje europeo”, lo que para Ortega se presenta como “una admirable experiencia pedagógica para las actuales clases sociales”³⁷.

Aunque pueda parecer lo contrario, Ortega anda bastante ocupado en otros argumentos distantes de la política. La serie titulada “Ideas políticas” (seis entregas publicadas entre junio y julio de 1924), es de las pocas colaboraciones de esta índole que aparecen por estos años. No obstante, su labor en *El Sol* sigue siendo muy fluida; llega a publicar hasta 53 artículos en 1925.

Es la nueva seña de identidad que caracteriza el periodismo orteguiano desde los años 20: por un lado, la internacionalización del discurso, es decir, no

³⁷ III, 680-681.

DOCUMENTOS DE ARCHIVO

considerar lo particular como algo aislado del panorama internacional. Está superado el provincianismo político español y los acontecimientos locales son puestos en una perspectiva global. Por otro lado, la temática se hace más variada, en línea con el impulso que en 1916 le lleva a fundar *El Espectador*: abundan los estudios de índole antropológica, como la exégesis del pensamiento de León Frobenius (en 1924); también los apuntes de estética, las críticas literarias, artículos filosóficos en definitiva, que destinará con preferencia al diario bonaerense *La Nación*, y en menor medida a la *Revista de Occidente*.

Un caso interesante que ilustra ambos aspectos, perspectiva global y preocupación por los temas filosóficos, se produce a propósito de la visita de Albert Einstein a España en 1923, que dejó buena impronta en la obra del filósofo a través de los siguientes textos: “Prólogo” a *Teoría de la relatividad de Einstein y sus fundamentos físicos*, de Max Born (III, 414); “Con Einstein en Toledo” (III, 521); “El sentido histórico de la teoría de Einstein” (III, 642), y “[Mesura a Einstein]” (VII, 799).

El acontecimiento es aprovechado por Ortega como una más de las actuaciones de apertura a las corrientes del pensamiento occidental que desde *Revista de Occidente* pretende impulsar. Ortega traduce a Einstein en la conferencia de la Residencia de Estudiantes, el 9 de marzo de 1923, donde pronuncia una elogiosa presentación del pensador alemán:

Este hombre que está ante nosotros no es, señores, un ilustre transeúnte, no es una de tantas figuras respetables atractivas como por aquí han pasado: es mucho más que eso. Es una de las más gloriosas fisonomías de la historia humana –sea esto dicho sin eufemismo, aprovechando la circunstancia de que el señor Einstein no entiende plenamente nuestro idioma³⁸.

De la conferencia de Einstein y de la participación de Ortega como traductor dará cuenta la prensa en amplias crónicas propias de semejante acontecimiento cultural. Entre las muchas referencias conservadas en el Archivo, llama la atención un artículo de Ramón Gómez de la Serna, curioso como todo lo que él hacía, en el que glosa la noticia así: “Habíamos visto a Einstein presentado por profesores que generalmente decían cosas raras y provincianos que caso no tenían que ver nada con el grande hombre. Hasta ayer no vimos un introductor que pudiera parangonarse con el Galileo de la época moderna”, y destaca de Ortega “la severidad, la entereza, la frase persuasiva, el gesto esclarecedor y vasto que correspondía a la prolongación de Einstein”. En fin, para Ramón, el de ayer fue un “nuevo triunfo para el sabio mundial, pero también para nuestro concretador del nuevo sentido del universo” (*El Sol*, 10 de marzo de 1923).

³⁸ VII, 799.

También acompañará Ortega a Einstein en un viaje a Toledo, del que nos dejó una deliciosa crónica publicada en *La Nación*. Son estas páginas, que contrastan con los artículos de índole política, donde Ortega expande sin mesura la riqueza de su vocabulario, y da rienda suelta a una prosa de ritmo poético, prosa que en Ortega siempre aflora en cuanto el rigor expositivo deja paso a la descripción literaria:

Me hallaba con Einstein apoyado en el pretil del puente de Alcántara junto al cual eleva Toledo su encrespamiento urbano. El viejo Tajo, río decrepito, penetraba como una espada flúida entre los flancos de piedra cenicienta que sustentan la ciudad y sus alrededores. Sobre nuestras cabezas, sobre el cielo más azul, reverberaba la ruina del castillo de San Servando. (...)

Miraba el genial físico la dramática situación de Toledo, que es un cerro agrio, ceñido de otros como él breñosos, crudos, estériles. No podemos ver un trozo del planeta sin pensarlo como fondo de la existencia humana y escenario de una vida afín. Por eso ante Toledo nos preguntamos: ¿qué historia, qué estilo de vida pueden producir cerros semejantes?³⁹

Según nos relata Ortega, Einstein se muestra sorprendido por la popularidad de la que goza en todas partes. Se conserva en el Archivo una curiosa fotografía a propósito de este detalle, fotografía que nos muestra a Ortega en primer plano observando a unos niños de los muchos que se han arremolinado alrededor del físico alemán:

La plaza de Zocodover –donde Cervantes encontró el texto arábigo del Quijote– está llena de pueblo. Es día de mercado. Son labriegos del siglo XIII o XIV, que perpetúan el rico intacto de su existencia. Zocodover sigue siendo un zoco oriental. En los puestos se venden solo manjares ardientes, como en El Cairo o Bagdag. Sin embargo, los fotograbados de los periódicos han popularizado tanto la figura de Einstein que, al punto, es reconocido. La muchedumbre se arremolina en torno a nosotros y los mozuelos, pequeños negroides de ojos densos, juegan con Einstein.

En el orden intelectual, el pensamiento de Einstein viene a coincidir con el tránsito del pensamiento orteguiano de la razón pura a la razón vital, lo que le permite dar otra vuelta de tuerca a su concepción del perspectivismo.

³⁹ III, 521-525.

Crónica titulada "Einstein en la Residencia de Estudiantes". *El Sol*, 10-III-1923

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882



Pedagogía para el pueblo criollo

La colaboración de Ortega con *La Nación* suma 226 artículos. Si exceptuamos los 3 aparecidos en junio-julio de 1952 sobre los coloquios de Darmstadt, el grueso de su colaboración se produce entre 1923 y 1940 con la siguiente cadencia: 1923 (12); 1924 (8); 1925 (17); 1926 (13); 1927 (18); 1928 (7); 1929 (2); 1930 (10); 1931 (5); 1932 (17); 1933 (22); 1934 (23); 1935 (23); 1936 (13); 1937 (25); 1940 (8).

Lo habitual es que los artículos que Ortega enviaba a *La Nación* hubiesen sido publicados primero en *El Sol*, en Madrid. De hecho, una reconstrucción cronológica de esta doble circulación de sus artículos nos mostraría la diferencia de dos meses que casi siempre se producía entre la versión española y la argentina; casi, pero no siempre, lo que produjo ciertas tensiones con los editores americanos, como se desprende de la correspondencia mantenida en 1926 y 1927 entre el representante de *La Nación* en Europa, Fernando Ortiz Echagüe, y Ortega, conservada en el Archivo.

DOCUMENTOS DE ARCHIVO

En una escueta y amistosa carta fechada en París el 29 de agosto de 1926, Ortiz Echagüe le transmite la queja de la Dirección del periódico de que muchos artículos publicados previamente por *El Sol*, ya son conocidos por el público argentino al aparecer en *La Nación*: “Estimamos tanto su valiosa colaboración y tenemos un interés tan vivo en conservarla, que no nos permitiríamos hacerle ninguna observación”, se disculpa de antemano Echagüe, aunque líneas después dispara: “Me permito rogarle amistosamente que si no puede reservarnos siempre la exclusividad de sus artículos, como lo hacen todos nuestros colaboradores, deje, por lo menos, transcurrir un mes antes de entregar una copia a *El Sol* o a otras publicaciones españolas”⁴⁰.

Como se aprecia en estas palabras, Echagüe pone en la balanza el trato singular que el periódico dispensa a su persona, si bien la queja va envuelta de parabienes y halagos: “No conoce Vd. seguramente la difusión que tiene en Buenos Aires el rotativo madrileño, ni se da Vd. cabal cuenta de la popularidad de su firma y de la avidez con que se lanzan sobre sus trabajos los piratas de la prensa uruguaya y de la vespertina porteña”. Intuyendo que sus palabras podrían molestar a Ortega, Echagüe cierra la misiva admitiendo que “es Vd., en el orden de la preferencias del público argentino, el primero de los colaboradores españoles de *La Nación*”.

No debió resolverse el asunto de modo favorable para *La Nación*, y la duplicidad de los artículos de Ortega provocó que Fernando Ortiz-Echagüe tuviese que escribir de nuevo a Ortega en diciembre de 1927: “Mi estimado maestro y amigo: me tomo la libertad de recordarle que, según habíamos convenido, sus artículos para *La Nación* no se publicarían en *El Sol* hasta un mes después de su entrega en nuestra Agencia de Madrid”. Como no se estaba cumpliendo el acuerdo, “la Dirección me ha señalado esta anomalía que quizá hubiera pasado inadvertida tratándose de cualquier otro colaborador. Pero sus artículos son demasiado gustados allí para que el público no se aperciba de que *La Nación* da a veces, como inéditos, trabajos suyos que ya han visto la luz en otros periódicos”⁴¹.

Entre las cartas conservadas en el Archivo no se conserva ninguna respuesta de Ortega a la primera llamada de atención de 1926, pero sí la contestación a este segundo requerimiento. El filósofo se muestra condescendiente con el representante de *La Nación* y, aunque comprende la razón de la queja, dice haber tomado “precauciones para evitarlo” con los editores de *El Sol*:

⁴⁰ Esta y las dos siguientes en carta de Fernando Ortiz Echagüe a Ortega. París, 29-VIII-1926.

⁴¹ Esta y la anterior en carta de Fernando Ortiz Echagüe a Ortega. Madrid, 9-XII-1927.

Como yo tengo allí siempre más de un artículo para su publicación, pongo junto al título indicación clara de la fecha en que debe ser publicado. Una vez ocurrió que no atendieron dicha indicación. Excuso decirle que al punto protesté enérgicamente. Yo le agradecería pues que me hiciese saber un poco más taxativamente si en efecto durante este año, es decir, desde que recibí otra queja de usted, ha pasado alguna vez lo que deploramos, o bien que ese hecho apuntado en su carta se refiere a épocas anteriores⁴².

Ortega, en fin, se despidió amablemente pero rogando a Echagüe, o sea, a *La Nación* “que distinga entre lo que una vez por excepción haya ocurrido o pueda ocurrir y mi decidida voluntad de evitar lo que usted tan justamente reclama”.

Coincidiendo con su segundo viaje a Argentina en 1928, las colaboraciones de Ortega en el periódico de los Mitre descienden llamativamente. Si en los últimos tiempos venía publicando cerca de 20 artículos por año, en 1928 solo envía 7, y en 1929, 2. Ante tal circunstancia, el español Guillermo de Torre, gran admirador de Ortega, colaborador de *Revista de Occidente* que por entonces residía en Buenos Aires trabajando para *La Nación*, le dirige una atenta misiva por indicación del director del suplemento cultural, en la que pregunta al filósofo por el motivo de sus escasas colaboraciones. “Querido y admirado Ortega: Unas líneas no para entretenerle sino para dispararle una pregunta amistosa: ¿Por qué no manda Vd. artículos aquí desde hace tantísimo tiempo?”⁴³.

En su carta, De Torre formula algunas especulaciones sobre el motivo que pudiera haber apartado a Ortega de *La Nación*:

El suplemento convertido en magazine ha cambiado bastante de aspecto, como verá Vd. Ha ganado en ciertas cosas para el público vasto, lo que determina su éxito económico, aunque tal vez haya perdido cierto tono literario. Sin embargo, siguen interesando lo que se llama las grandes firmas. Y entre ellas –no es halago– principalmente la de Vd. De modo que si Vd. se decidiese a reanudar sus envíos periódicos de artículos, estos serían muy bien venidos.

El corresponsal español basa su petición en la popularidad de Ortega entre los lectores hispanoamericanos: “Piense Vd. que tiene aquí tal vez más lectores que en España, los que, sin hipérboles de ninguna clase, esperan siempre con mucha impaciencia sus artículos”. Marta Campomar explica que “tras doce años de docencia continua su influencia era enorme” sobre todo entre los jóvenes, cuyas generaciones habían recibido especialmente sus doctrinas. De este asunto trata, precisamente, un artículo que Ortega manda a *La Nación* ti-

⁴² Carta de Ortega a Fernando Ortiz-Echagüe. Madrid 12-XII-1927.

tulado “El deber de la nueva generación argentina” (6 de abril de 1924). “La juventud necesita dejarse influir”, afirma Ortega, pero no por vidas decadentes y sin tensión, sino por ejemplos de vida ascendente, aristocrática.

El éxito de Ortega fuera de nuestras fronteras (Fernando Vela se refiere al maestro como “un hecho cosmopolita”⁴⁴) y especialmente en Argentina, se puso de manifiesto con motivo del segundo viaje del filósofo en 1928, promovido y financiado por la sociedad Amigos del Arte y por el diario *La Nación* que, como es natural, pretendía cierta exclusividad en las informaciones referentes a Ortega y sus actos públicos. Al fin y al cabo, era su tribuna en América. Para demostrar esa predisposición, el director, Jorge Mitre, le envió un telegrama personal en el que le expresaba el interés con que todos esperaban su llegada. *La Nación* anunciaba que Ortega sería su huésped y lo alojó en el mejor hotel de la capital, de cuya reserva se ocupó en persona Ortiz Echagüe para garantizar todas las comodidades del filósofo, además de otras atenciones. Ortega correspondió la hospitalidad del diario acudiendo a la sede del periódico y reuniéndose con el director y los reporteros.

A pesar de todo, Ortega redactó unas cuartillas a bordo del buque Reina Victoria Eugenia rumbo a Buenos Aires, en las que apelaba a su linaje de “tres generaciones de periodistas” para solicitar un trato de favor entre colegas, y rogaba no ser entrevistado ni tener mayor presencia en los diarios que la obligada por las conferencias públicas (“[Aviso a los periodistas argentinos]”)⁴⁵.

Este segundo viaje será diferente del primero. Había cambiado Ortega y habían cambiado los argentinos. La relación entre ambos no era tan liviana como en 1916, cuando apenas se conocían. Ahora, en 1928, doce años después, compartían un pasado común salpicado por ciertas ideas críticas de Ortega. Campomar describe con detalle el contenido de algunos artículos publicados en *La Nación* en los que escritores e intelectuales argentinos atacaban a Ortega ante la noticia de su visita; llega a hablar incluso de “agresiva bienvenida” al filósofo español.

El texto que sin duda le deparó a Ortega mayores ataques fue el artículo “Intimidades”, publicado en el séptimo volumen de *El Espectador* (1929) tras el regreso del segundo viaje. En la primera parte, “La Pampa... Promesas”, apela a la influencia telúrica de aquella inmensa llanura en el alma del argentino: “Acaso lo esencial de la vida argentina es eso –ser promesa”. Desde esta perspectiva del paisaje, detecta Ortega que “casi nadie está donde está, sino por delante de sí mismo”, lo que le lleva a considerar que “cada cual vive desde sus ilusiones como si ellas fuesen ya la realidad”⁴⁶.

⁴³ Esta y la siguiente en carta de Guillermo de Torre a Ortega. Buenos Aires, 25-XII-1929.

⁴⁴ Fernando VELA, “Notas del viaje de Ortega y Gasset”, *La Nación*, 27-VIII-1928.

⁴⁵ VIII, 24-25.

⁴⁶ II, 731.

Esta crítica al modo de ser del argentino es completada en la segunda parte del artículo, “El hombre a la defensiva”. Allí, Ortega da un paso más al advertir que la prosperidad de la nación Argentina no radica en su naturaleza, en la rica y fértil tierra sobre la que se halla asentada, sino en la alta consideración que de sí mismos tienen los argentinos. “Pero la altanería de los proyectos tiene algunos inconvenientes”, avisa al lector antes de meterse en faena. “Cuanto más elevado sea el módulo de vida a que nos pongamos, mayor distancia habrá entre el proyecto –lo que queremos ser– y la situación real –lo que aún somos”⁴⁷.

La disección que hace Ortega del hombre argentino, no de la mujer, le lleva a describir como rasgo prominente de su carácter la coraza y defensa que interpone entre él y su interlocutor: “En la relación normal, el argentino no se abandona; por el contrario, cuando el prójimo se acerca hermetiza más su alma y se dispone a la defensa”. El resto del texto trata de explicar por qué el hombre criollo vive de este modo, y en la explicación es donde Ortega sembrará los vientos que le trajeron, inmediatamente, una tempestad de ataques de escritores y periodistas, “cada uno desplegando sus prejuicios, insultos y verdades”⁴⁸.

El 13 de abril de 1930, en el artículo de *La Nación* “¿Por qué he escrito «El hombre a la defensiva»?”, escribe Ortega: “Ya he recibido las primeras andanadas de ataques e insultos que me dirigen los jóvenes escritores argentinos”, y habla de una “hostilidad contra mí germinante” que ya había sospechado y asumido antes de escribir las dos partes de “Intimidaciones”. Pero claro, explica el filósofo que su deuda con Argentina es tan grande que no ha tenido más remedio que asumir su obligación y zarandear al argentino para hacerle caer en la cuenta de su desmoralización. Sin embargo, son jóvenes que han nacido en un pueblo que puede ser una gran nación; “¿saben que hay muy pocos pueblos que puedan serlo?”, inquiera a los literatos que tan solo pueden dedicarle unos insultos.

Todo se explica porque tras la experiencia del segundo viaje, en el que, según Marta Campomar, Ortega ha encontrado unas élites argentinas cobardes y temerosas, al filósofo no le quedaba más remedio que emplear una “tonalidad mucho más severa” en sus artículos, acorde con la desmoralización que percibe en el público. En cierto modo, es natural que fuese así si tenemos en cuenta que estamos en los meses de alumbramiento de *La rebelión de las masas*, cuya doctrina condicionaba cualquier perspectiva de la sociedad del momento.

Como curiosidad, en la página de *La Nación* donde se publicó este artículo conservada en el Archivo de Ortega, un anónimo dejó escrito este párrafo: “Lo

⁴⁷ II, 737.

⁴⁸ Marta CAMPOMAR, ob. cit., p. 169.

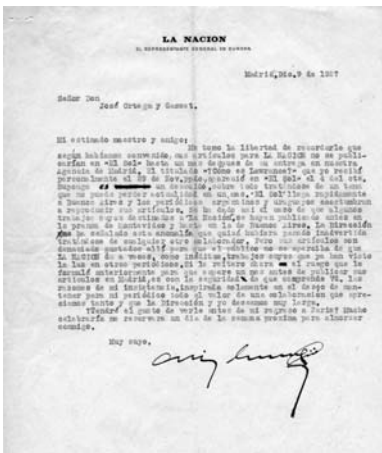
que Vd. dice, maestro, es el evangelio; se ve que conoce bien a estos guarangos, tan macaneadores, tan desleales y tan osados como ignorantes. Ya sabemos que el argentino está formado con las mismas letras que IGNORANTE, que es lo mismo que ARGENTINO (alias GUARANGO)”.

Documentos:

Primera carta de Fernando Ortiz Echagüe a Ortega en la que le plantea el problema de la duplicidad de los artículos de *El Sol* y *La Nación*. París, 29-VIII-1926



Segunda carta de Ortiz Echagüe a Ortega en la que le reitera el problema de la duplicidad de los artículos de *El Sol* y *La Nación*. Madrid, 9-XII-1927



ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

DOCUMENTOS DE ARCHIVO

Contestación de Ortega a Ortiz Echagüe a propósito del problema de los artículos aparecidos en *El Sol* y en *La Nación*. [Madrid], 12-XII-1927

ISSN-1577-0079 / e-ISSN-3045-7882

pero siempre llegaba a ocho días y no a cuatro como usted me indica. En general, procuro que la distancia sea la de 16,18 días. Note usted que esto da prácticamente una diferencia de un mes largo. En cambio, si yo envío a usted el artículo hoy y tarde un mes en enviárselo a "El Sol" puede ocurrir el perjuicio inverso, es saber, que llega aquí el número de "La Nación" antes de aparecer en "El Sol" cosa que ya ha ocurrido.

Le ruego pues, que distinga entre lo que una vez por excepción, haya ocurrido o pueda ocurrir y mi decidida voluntad de evitarlo que usted tan justamente reclama.

Cualquiera de estos días salvo el viernes podemos si usted quiere siempre juntos. Telefoñame.

Buro

Comprendo perfectamente que reitero usted que ya me ha dicho he querido y acontecer que el que me refiero a las publicaciones aquí antes de que aparezca en "La Nación". Esto me interesa a usted sin embargo que yo nunca tomar precauciones para evitarlo y estaba en la idea de que en todo este año sólo una vez podía haberse dado como tal y aun esta vez no por derecho sino por un descuido del redactor jefe de "El Sol". Como yo tengo allí siempre uno de un artículo para su publicación pongo junto al título indicación clara de la fecha en que ha de ser publicado. Una vez ocurrió que no atendieron dicha indicación. Buscose decirle que el punto proteste en el momento.

Yo le agradecería pues que me hiciese saber un poco más taxativamente si en efecto durante este año - es decir, desde que recibí otra que la de usted - ha sido alguna vez lo que deploramos, o bien que eso hecho apuntado en su carta se refiere a épocas anteriores.

Acaso la vez que le entregado un artículo en la editorial de "La Nación" con mayor proximidad de su aparición en "El Sol" ha sido este último "Como es Lógico" pero, me extraña mucho que no haya llegado a una semana hasta el 29 de marzo. Yo lo envié el 16 por la mañana sábado. De todas modos, es muy poco tiempo de distancia

pero siempre llegaba a ocho días y no a cuatro como usted me indica. En general, procuro que la distancia sea la de 16,18 días. Note usted que esto da prácticamente una diferencia de un mes largo. En cambio, si yo envío a usted el artículo hoy y tarde un mes en enviárselo a "El Sol" puede ocurrir el perjuicio inverso, es saber, que llega aquí el número de "La Nación" antes de aparecer en "El Sol" cosa que ya ha ocurrido.

Le ruego pues, que distinga entre lo que una vez por excepción, haya ocurrido o pueda ocurrir y mi decidida voluntad de evitarlo que usted tan justamente reclama.

Cualquiera de estos días salvo el viernes podemos si usted quiere siempre juntos. Telefoñame.

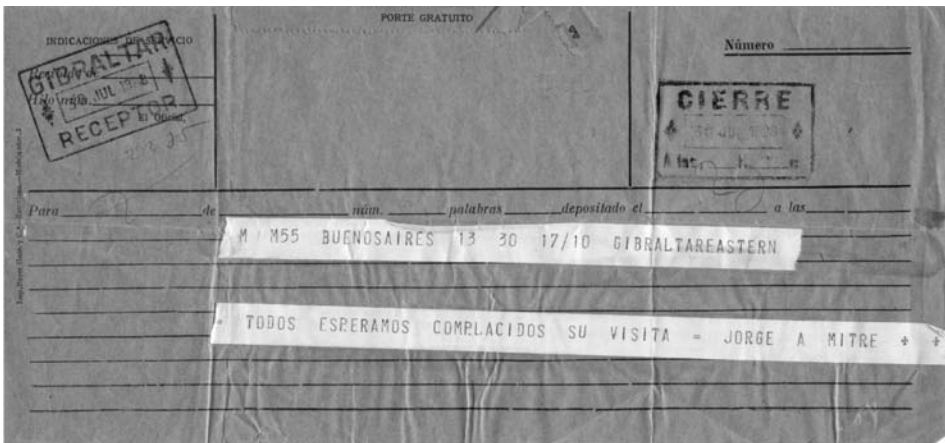
Buro

Comprendo perfectamente que reitero usted que ya me ha dicho he querido y acontecer que el que me refiero a las publicaciones aquí antes de que aparezca en "La Nación". Esto me interesa a usted sin embargo que yo nunca tomar precauciones para evitarlo y estaba en la idea de que en todo este año sólo una vez podía haberse dado como tal y aun esta vez no por derecho sino por un descuido del redactor jefe de "El Sol". Como yo tengo allí siempre uno de un artículo para su publicación pongo junto al título indicación clara de la fecha en que ha de ser publicado. Una vez ocurrió que no atendieron dicha indicación. Buscose decirle que el punto proteste en el momento.

Yo le agradecería pues que me hiciese saber un poco más taxativamente si en efecto durante este año - es decir, desde que recibí otra que la de usted - ha sido alguna vez lo que deploramos, o bien que eso hecho apuntado en su carta se refiere a épocas anteriores.

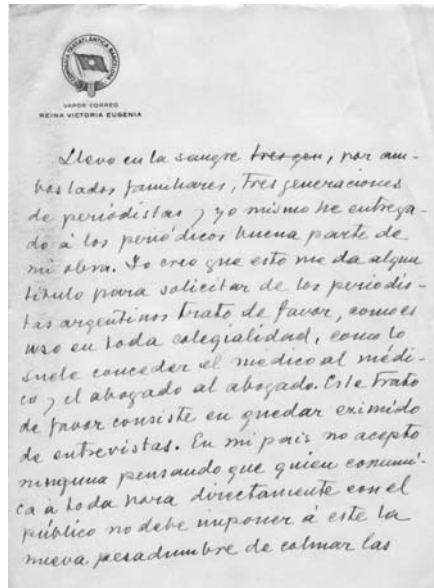
Acaso la vez que le entregado un artículo en la editorial de "La Nación" con mayor proximidad de su aparición en "El Sol" ha sido este último "Como es Lógico" pero, me extraña mucho que no haya llegado a una semana hasta el 29 de marzo. Yo lo envié el 16 por la mañana sábado. De todas modos, es muy poco tiempo de distancia

Telegrama de Jorge Mitre a Ortega en el que le expresa que todos esperan complacidos su llegada. Buenos Aires, 1928

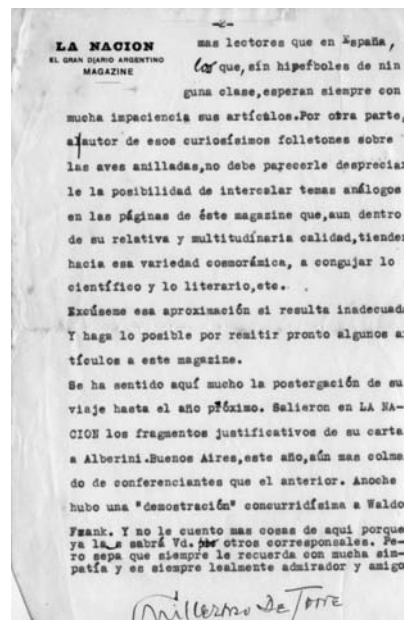
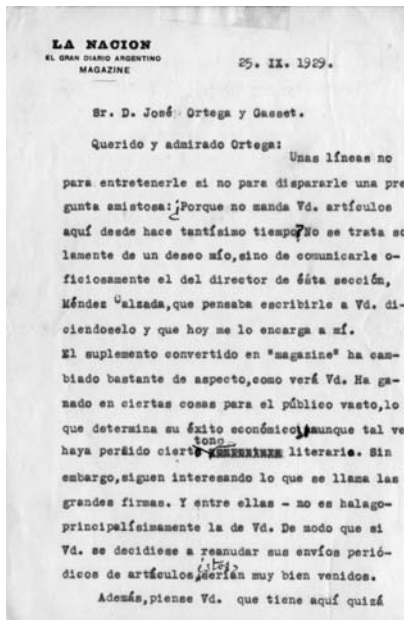


DOCUMENTOS DE ARCHIVO

Primera página del manuscrito "[Periodistas argentinos]", escrito por Ortega en papel timbrado del buque Reina Victoria Eugenia [1928]



Carta de Guillermo de Torre a Ortega en la que le ruega el restablecimien-
to de la colaboración con *La Nación*. Buenos Aires, 25-II-1929



Fin de la Dictadura y segundo encontronazo con *El Sol*. 1930

Para acabar con el caciquismo característico de la vieja política, Primo de Rivera había colocado a militares hasta en el 60 por ciento de las gobernaciones civiles, lo que suponía una militarización de la vida política española que habría de pasarle factura. Además, el general no supo instaurar un sistema de promoción militar justo que despejara cualquier sospecha de favoritismo, lo que creó una situación de “frecuente inmoralidad pública” que, según Tusell, inclinó a la joven oficialidad “hacia soluciones conspiradoras, republicanas o incluso comunistas”⁴⁹.

También se oponían muchos intelectuales que habían evolucionado hacia posiciones más críticas tras la aparente estabilidad que en un principio trajo el régimen. La mayoría de las firmas prestigiosas de la Prensa del momento, como Ortega desde *El Sol*, se mostraron beligerantes con el régimen a partir del segundo año de Directorio, y sobre todo a partir de 1927, cuando la nueva generación cultural que va a tomar esa fecha como santo y seña, se concienza de su compromiso social y político.

Como hemos visto, a Ortega le censuraron varios artículos, y entre los de esta época le tocó a “La idea de la gran comarca o región”⁵⁰. Como se explica en la “Nota a la edición” en las *Obras completas*, fue Miguel Primo de Rivera personalmente quien frenó la publicación, pues en él Ortega defendía la organización nacional en regiones autónomas⁵¹. Se conserva en el Archivo una carta que Urgoiti envía a Ortega a propósito de la censura de este artículo; en ella le adjunta otra carta que ha recibido del periodista y crítico literario mallorquín Joan Torrendell, radicado en Buenos Aires, quien alude al artículo de Ortega que habría sido publicado en *El Día* de Palma, según dice. De ser así, se demostraría cómo la censura vigilaba de cerca y concretamente los movimientos de *El Sol* y controlaba menos la prensa regional y de provincia⁵².

El enfrentamiento de Ortega con el dictador incluso llevó al filósofo a protestar abandonando la docencia después de que el Gobierno cerrara varias universidades que se habían opuesto a una disposición que favorecía los centros privados.

Primo de Rivera intentó institucionalizar el régimen con la redacción de un nuevo texto constitucional (la nonata Constitución de 1929), pero no obtuvo el respaldo suficiente en la Asamblea consultiva convocada para tal fin, ni en-

⁴⁹ Javier TUSELL, ob. cit., p. 610.

⁵⁰ IV, 744-747.

⁵¹ IV, 889.

⁵² Una funcionaria de la Hemeroteca del Govern de Palma ha buscado sin éxito este artículo entre enero y abril de 1928 en la colección de *El Día* de Palma que obra en su depósito.

tre los altos mandos militares. Con esta carencia absoluta de apoyos y en lugar de imponer por la fuerza su voluntad, Miguel Primo de Rivera presentó su dimisión el 28 de enero de 1930 y abandona España. Morirá en París apenas un mes y medio después, el 16 de marzo de 1930. Con su dimisión, había dejado un vacío de poder que situaba al monarca en una compleja tesitura.

Cómo estas circunstancias afectaron a *El Sol*, y por lo tanto a Urgoiti y a Ortega, nos recuerda a la pérdida de *El Imparcial* en 1917. Hacia 1930 la propiedad de *El Sol* estaba en manos de La Papelera, que había adquirido las acciones del periódico para saldar la deuda que este mantenía con ella. Como era de esperar, ante el fin de la Monarquía propugnado desde las páginas de *El Sol*, los nuevos propietarios se van a mostrar tan conservadores como en su día los Gasset con *El Imparcial*.

Aunque Urgoiti había previsto que algo así podía suceder si la redacción de *El Sol* no apaciguaba sus manifiestos de adhesión al sentimiento republicano y de ruptura con la tradición, diversos artículos e informaciones publicados entre 1929 y 1930 desencadenaron la ruptura. Cuentan Seoane y Sáiz que “una encuesta a las juventudes, con preguntas sobre sus actitudes ante la vida, la cultura, el amor, el deporte, la política y el trabajo, lanzada por el diario a finales de octubre de 1929, cuyas respuestas se publicaron a partir del 22 de diciembre hasta el 11 de febrero de 1930, provocó la protesta de la Papelera”⁵³.

Los sectores más conservadores, liderados por la *buena prensa*, arremetieron contra la línea editorial de *El Sol* que, según *El Debate*, publicaba “una serie de desahogos contra la familia, el orden social, la Religión, la Patria, un verdadero catálogo del desenfreno de unos cuantos muchachos sin formación, inclinados al anarquismo”⁵⁴. Urgoiti le quitó hierro al asunto ante el Consejo de Administración, apelando a la imparcialidad periodística y al deber de *El Sol* con sus lectores. Con lo que no contaba el empresario vasco era con un artículo de Ortega que vio la luz justo en medio de la tormenta. Como en 1917 ocurrió con “Bajo el arco en ruina”, 14 años después se repetía la historia con “El error Berenguer” (*El Sol*, 15 de noviembre de 1930), que provocará la pérdida de *El Sol* por sus fundadores.

No obstante, conviene aclarar que Ortega ya se las traía con el editorialista de *El Sol* antes de la aparición de este significativo artículo. De hecho, “El error Berenguer” es el tercero de una serie de tres publicados el 9, 13 y 15 de noviembre de 1930, cuyas dos primeras entregas nos muestran la que podemos considerar segunda disputa entre *El Sol* y su más ilustre colaborador.

⁵³ Mari Cruz SEOANE y María Dolores SÁIZ, *Historia del periodismo español. Vol. III. El siglo XX, 1898-1956*. Madrid: Alianza Editorial, p. 335.

⁵⁴ *El Debate*, 12-VII-1930.

La vida real es de cierto pura actualidad; pero la visión periodística deforma esta verdad reduciendo lo actual a lo instantáneo y lo instantáneo a lo resonante. (...) Cuanta más importancia substantiva y perdurable tenga una cosa o persona, menos hablarán de ella los periódicos, y en cambio destacarán en sus páginas lo que agota su esencia con ser un “suceso” y dar lugar a una noticia⁵⁵.

No es nuevo; ya lo había escrito en 1926: “El periódico cuanto más fiel a su propia misión, tanto más la evita y la elude”⁵⁶. Ahora bien, este párrafo anterior sacado de *Misión de la Universidad* junto con el artículo “Sobre el poder de la prensa” (*El Sol*, 13-XI-1930), son los pasajes más representativos para definir qué opina Ortega del periódico como institución social.

Es ilusorio cerrarse a la evidencia con que se presenta la jerarquía de las realidades espirituales. En ella ocupa el periodismo el rango inferior. Y acaece que la conciencia pública no recibe hoy otra presión ni otro mando que los que le llegan de esa espiritualidad ínfima rezumada por las columnas del periódico. Tan ínfima es a menudo, que casi no llega a ser espiritualidad; que en cierto modo es antiespiritualidad. Por dejación de otros poderes, ha quedado encargado de alimentar y dirigir al alma pública el periodista, que es no sólo una de las clases menos cultas de la sociedad presente, sino que, por causas espero transitorias, admite en su gremio a pseudointelectuales chafados, llenos de resentimiento y de odio hacia el verdadero espíritu. Ya su profesión los lleva a entender por realidad del tiempo lo que momentáneamente mete ruido, sea lo que sea, sin perspectiva ni arquitectura⁵⁷.

Para Ortega, la prensa ocupa el escalón inferior de los poderes sociales, y “por dejación de otros poderes” se encuentra dirigiendo la sociedad pues sólo ella conserva la capacidad de influir y mandar. La crítica no va contra los periódicos, sino contra el resto de poderes que han sucumbido. Claro es que los periodistas se sintieron atacados porque no comprendieron lo que Ortega quería decir, y eso llevó a *El Sol* a publicar un editorial contra las ideas de su colaborador. El filósofo tuvo que aclarar el sentido de sus palabras:

Normalmente han coexistido en la historia diversos “poderes espirituales”, y sólo esta pluralidad de poderes diferentes y más o menos antagónicos asegura la salud social. Esos poderes tuvieron y tienen –inexorablemente– rangos distintos, aunque todos son, en efecto, espirituales. (...) Pues bien: yo pienso, acaso con error, que hoy no posee plena vivacidad más que un sólo “poder espiritual” –el de la Prensa. Ahora bien: éste, por la naturaleza misma de la

⁵⁵ IV, 567.

⁵⁶ IV, 7.

⁵⁷ *Ibidem*.

Prensa, es el menos elevado de los “poderes espirituales”. Situación tal me parece funestísima. Y pido en consecuencia, no que la Prensa deje de ser un “poder espiritual” sino que no sea el único y que sufra la concurrencia y corrección de otros. De uno, por lo pronto: la Universidad⁵⁸.

Ahora se ve claro que para Ortega el problema no consiste en que la prensa sea un poder social, sino que no hallara en su circunstancia otra realidad espiritual que limitase y corrigiese ese poder: “Es intolerable el poder indiviso de la Prensa”, escribe, y por mucho que universitarios como él mismo colaboren en los periódicos, será imposible rectificar el error de perspectiva inherente a los periódicos: “La interpretación periodística es y será siempre la perspectiva de lo momentáneo como tal. Por mucho que colaboren en el periódico los universitarios, la perspectiva, tono, tendencias y modos dominantes serán los periodísticos. La interpretación universitaria de las cosas es y será siempre la de acentuar en la actualidad lo no momentáneo⁵⁹”.

Por lo demás, el autor no tiene escrúpulos en denominarse una y cien veces periodista: “Yo no quisiera molestar en dosis apreciables a los periodistas. Entre otros motivos, porque tal vez yo no sea otra cosa que un periodista⁶⁰”, deja caer en *Misión de la Universidad* (1930). Y varias veces hemos leído cómo se cuenta entre ellos, como uno más del gremio: “Cada uno de nosotros, los periodistas, es un pedazo del organismo que forman desde el linotipista hasta el director⁶¹”.

En su defensa de los ataques del *El Sol*, Ortega esgrime otra razón de tipo biográfico:

Me trata en él reiterada y acentuadamente como profesor de la Universidad, es decir, como un extraño que desde fuera de la Prensa opina sobre ella. Con esta ficción se gana la mitad de camino para que en efecto parezcan mis frases un ataque oriundo de una clase intelectual –los catedráticos– émula o envidiosa del poder que goza otra clase de intelectuales –los periodistas. Y yo, claro está, no puedo negar que tengo algo de profesor universitario; pero reconocerá *El Sol* que se me ha notado muy poco. Los veinte años de labor que he enterrado en la Universidad han pasado por completo desapercibidos para el gran público, y yo jamás me he reclamado de ellos para nada. Al contrario: he vivido en la intemperie del periódico, no sólo como colaborador, sino como pluma anónima. He asumido durante toda mi vida los riesgos y enojos de la profesión periodís-

⁵⁸ IV, 345-346.

⁵⁹ *Ibidem*.

⁶⁰ IV, 567.

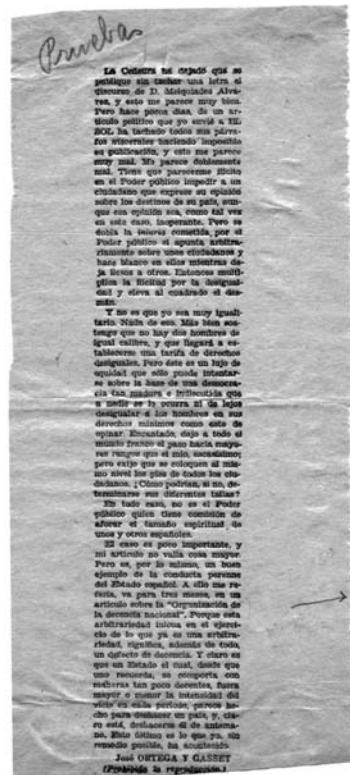
⁶¹ III, 219.

tica, y además he vivido económicamente de ella. Es, pues, vano que *El Sol* finja contestar a un señor que es profesor universitario y habita la casa de enfrente. No; contesta a un periodista que tiene sobre la Prensa ideas distintas de las suyas, y a lo que parece, equivocadas⁶².

Ortega tiene una clara conciencia de la función instrumental del periodismo y de su pertenencia a esta casta de “hombres de letras”. El enfrentamiento no sólo se va producir en el terreno personal; también en el intelectual e ideológico. La disputa podía haberse frenado ahí de no ser porque a los pocos días apareció “El error Berenguer” y su determinante efecto contra los intereses de Ortega y de Urgoiti.

Documentos:

Galeradas de un artículo de Ortega sobre la censura que fue censurado⁶³. [1930]



⁶² IV, 343.

⁶³ “[Notas sobre la censura desigual]”, VIII, pp. 404-405.

"Sobre el poder de la prensa". *El Sol*, 13-XI-1930



"El error Berenguer". Noviembre de 1930. República a la vista

La censura que estamos viendo contra Ortega le llevó a publicar algunas veces en Argentina sobre asuntos políticos españoles, como en el caso de "No ser hombre de partido" (*La Nación*, 15 de mayo de 1930), cuya tesis resulta interesante en este momento para comprender su compromiso con la situación que atraviesa el país. Viene repitiendo desde hace tiempo que el intelectual y el político son dos naturalezas diferentes y que no debe confundirse la misión de cada uno:

El intelectual que lo es auténticamente, tiene una sensibilidad y unos hábitos mentales por completo opuestos a los del buen político. Son dos castas de hombres antagónicas y, ambas en su peculiaridad, necesarias dentro del organismo social. Pero que cada cual haga lo suyo⁶⁴.

Este párrafo procede del inédito "[El intelectual y la política]", escrito casi con toda seguridad en 1924, en el que Ortega contesta a la solicitud del director de *El Sol*, Félix Lorenzo, sobre la necesidad de que los intelectuales intervinieran en política dada "la singularidad del momento". Ante tal petición, Ortega redacta esta carta al director, que finalmente no mandó al periódico, en la que expresa que su deber como intelectual no es, desde luego,

⁶⁴ VII, 836.

ción en los asuntos públicos, como sí lo es del labriego arar el surco. Arremete contra el tópico que “nos ha inducido a los escritores –a mí también en tiempos– a creer que entendíamos de política simplemente por ser gente de letras o de ciencias. Y el resultado ha sido aumentar gigantesca y confusamente la confusión pública con una intervención perturbadora”.

Conviene aclarar que en 1913, en el “Prospecto de la «Liga de Educación Política Española»”, Ortega hablaba precisamente de la “misión política de las minorías intelectuales”⁶⁵, y no es necesario recordar el editorial “España saluda al lector y dice” para hacernos una composición de lugar. De ahí que aluda a que él, en tiempos, también fue víctima de esa creencia. Sin embargo, tras la experiencia de la Gran Guerra, Ortega escribe “Imperativo de intelectualidad” (*España*, 14 de enero de 1922), donde corrige aquella idea por esta otra: “El intelectual no puede ser en ninguna acepción hombre de partido y, a la larga, el público solo respeta y cultiva al escritor de quien no sabe *a priori* cómo va a pensar o sentir de una cosa”⁶⁶.

En 1925 vuelve a escribir en *El Sol* (“Entreacto polémico”, 15 de marzo de 1925) que en determinadas coyunturas que exijan al intelectual intervenir en la vida pública, este podrá hacerlo, pero no suplantando el papel del político: “El intelectual, al hacer política, tiene que hacerla como intelectual y no dejándose en casa las virtudes y los imperativos de su oficio y disciplina”⁶⁷.

Volvemos a leer la expresión “no ser hombre de partido” en 1930, pero esta vez enfocada desde una perspectiva más filosófica: cada individuo es aquel “que tiene que vivir una cierta vida”, esa en la que se encuentra inexorablemente y que no tiene más remedio que vivir con los atributos que le son dados al nacer. Y habla Ortega del “imperativo del partidismo”⁶⁸, que lleva a los hombres de partido a no tolerar al que trasciende esa pertenencia (el intelectual) y se coloca *au-dessus de la mêlée*.

Esta concepción del intelectual y su relación con la política nos ayuda a comprender el sentido de “El error Berenguer”, que por el alcance social que tuvo y el recorrido histórico posterior, representó una verdadera actuación de orden político por parte de quien tanto se esforzaba en mantener las distancias con la política. ¿En qué contexto personal e histórico escribe y publica Ortega este artículo?

⁶⁵ I, 739.

⁶⁶ III, 385.

⁶⁷ III, 796.

⁶⁸ IV, 306.

Con la dimisión de Primo, el rey no tuvo más remedio que buscar rápidamente un sustituto para evitar la caída en barrena del Estado. Nombró presidente del Consejo al general Dámaso Berenguer, que había sido ministro de la Guerra con García Prieto en 1918. En su hoja de servicios pesaba el desastre de la guerra de Marruecos, pero se movía con habilidad en la corte de Alfonso XIII, que le había nombrado conde de Xauén en 1920 y jefe de la Casa del Rey en 1924. Sin embargo, el nuevo gobierno no fue mal recibido por la prensa. Ortega, que como hemos dicho había abandonado sus clases como gesto de protesta por la política de Primo de Rivera, se reincorporó a la Facultad de Filosofía con el nuevo Gabinete.

En el terreno intelectual hay que anotar que, durante esta década, el reconocimiento nacional e internacional de Ortega ha crecido exponencialmente. En agosto de 1930 ve la luz el que probablemente sea su libro más conocido, *La rebelión de las masas*. La serie de artículos así titulada que ha estado publicando desde el 24 de octubre de 1929 en *El Sol*, ve la luz aglutinada en uno de los tratados de sociología más conocidos del siglo XX. La prensa nacional y extranjera dará buena cuenta de esta repercusión. Adjuntamos una de las muchas crónicas conservadas en el Archivo, que fueron publicadas a propósito de la publicación de *La rebelión de las masas*.

Sin embargo, en el ambiente pululaban intenciones de un cambio más radical. “Desde mucho tiempo atrás se venían preparando maniobras políticas de cara al previsible final de la Dictadura”⁶⁹, cuenta Javier Zamora, que sitúa a Ortega en el centro de muchas quinielas para liderar “un movimiento de renovación pública”. Cuando vuelve de Argentina en 1929, algunos políticos mantienen contactos con Ortega para tantear el compromiso de los intelectuales más influyentes, y los jóvenes le llegan incluso a proponer que asuma las ideas que desde tiempo atrás venía defendiendo en la prensa, y se convierta en el adalid intelectual del cambio de régimen, “pero Ortega solo aconsejó y no quiso dirigir”⁷⁰. En este punto es donde cobra sentido su convencimiento de que el intelectual no debe desempeñar la función del político, lo que no le impide advertir el concretísimo momento que vive España.

“El error Berenguer” (*El Sol*, 15 de noviembre de 1930) es un largo razonamiento que aboca a Ortega a una solución irremediable para la crisis nacional: hay que reconstruir el Estado desde sus cimientos porque el Estado no existe. Según el filósofo, la solución ideada por Alfonso XIII con la promoción del general Berenguer venía a perpetuar los mismos vicios que se padecían desde el antiguo régimen, por lo que no había error en la actuación del nuevo presidente del Gobierno; el error era el Gobierno mismo:

⁶⁹ Javier ZAMORA BONILLA, ob. cit., 304.

⁷⁰ *Ibidem*.

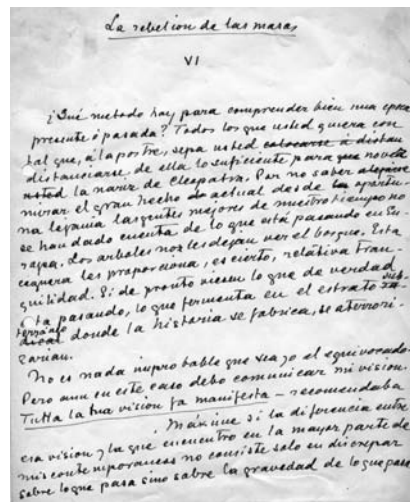
El buen lector, que es cauteloso y alerta, habrá advertido que en esa expresión el señor Berenguer no es el sujeto, sino el objeto. No se dice que el error sea de Berenguer, sino más bien lo contrario –que Berenguer es del error, que Berenguer es un error⁷¹.

Ortega se propone “definir y razonar, que es mi primer deber y oficio”, la situación del país, y lo hace revisando lo que ha sido la Dictadura. No solo se ha apropiado del espacio público, escribe Ortega, sino también “del orden privadísimo”, invadido “brutal y soezmente”; en fin, una “abracadabrante y sin par situación por que hemos pasado”. Según Ortega, el monarca se aprovecha de la “amnesia celtibérica” para hacer olvidar los siete años de Dictadura con el nombramiento de Berenguer, pero cree el filósofo que la opinión pública no está por la labor de correr un velo sobre los actos “de lesa Patria, de lesa Historia, de lesa dignidad pública y privada” que ha cometido el Directorio militar.

El conocido colofón del artículo, “*Delenda est Monarchia*”, venía a significar que si bien Ortega no se manifestaba abiertamente republicano, sus palabras expresaban la sensibilidad de buena parte de los españoles que encontraban inevitable el final de la Monarquía. Posteriormente se utilizó en los actos de la Agrupación al Servicio de la República, en los que tan activamente participó Ortega, asumiendo, entonces sí, la función social del político, como veremos en la quinta y última parte de este itinerario biográfico.

Documentos:

Primera página de uno de los borradores manuscritos de *La rebelión de las masas*. [1929]



⁷¹ IV, 760.

“Los lectores se arrebatan un nuevo libro de Ortega y Gasset”. [11-XI-1930]



Uno de los muchos recortes de la prensa internacional que recoge la noticia de la publicación de La rebelión de las masas, “L'uomo=massa del prof. Gasset”. [La Patria degli Italiani, 3-XII-1930]



DOCUMENTOS DE ARCHIVO

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882